Zane Grey

El cazador de pumas

Lectulandia

Este libro contiene dos relatos. Uno, *El cazador de pumas*, cuenta la historia de Ken Ward, un resistente muchacho que ha de enfrentarse a unos muy peligrosos animales. Otro, en cambio, lo protagoniza un animal menos feroz pero más inteligente: un perro.

Lectulandia

Zane Grey

El cazador de pumas

ePub r1.0
Big Bang 27.10.14

Título original: *Greatest Animal Stories (The Young Lion Hunter)*
Zane Grey, 1911
Traducción: Higtone

Editor digital: Big Bang
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

EL CAZADOR DE PUMAS

Ward era solamente un niño cuando efectuó su primer viaje hacia el Oeste. En esta ocasión era un muchacho, transformado casi ya en un hombre, pero su resistencia y su coraje estaban a prueba al tener que enfrentarse su naturaleza humana a los selváticos pumas en los agrestes desfiladeros junto con sus amigos, los batidores Jim y Leslie.

Se sabe que hombres fornidos, cuando se han hallado de repente ante el espectáculo del Gran Cañón, no han podido dominar sus sentimientos y han estallado en llanto, exteriorizando de esta forma su temor; se han postrado de rodillas inclinándose emocionados, o se han quedado silenciosos e inmóviles, como petrificados.

Se sabe que hombres serios no han podido contener una inmoderada y extemporánea risa.

La vista del cañón no afecta igualmente a dos personas, pero no existe nadie a quien no le impresione poderosamente. Yo mismo tuve que pagar durante unos momentos mi tributo de emocionada adoración; luego, dirigí la mirada hacia los muchachos.

Ken miraba aturdido, como si hubiera recibido un fuerte golpe; su rostro había perdido el color y respiraba anhelosamente exteriorizando, de esta forma, su emoción.

El rostro de Hal resplandecía con una radiante manifestación de salvaje alegría y, durante unos instantes, tartamudeó al hablar. Luego, cuando Ken lanzó una exclamación, Hal se quedó silencioso y paralizado.

—¡Es maravilloso! ¡Es magnífico! ¡Es…! –aquello fue todo lo que Ken pudo decir.

—Lo es… —fue lo único que pudo añadir Jim.

Luego, les expliqué a los muchachos que el Gran Cañón de Arizona tenía más de trescientos kilómetros de largo, entre los doce y los treinta de anchura y cerca de dos y medio de profundidad. Era un desfiladero gigantesco, cuyas montañas, altiplanicies, rajaduras y riscos presentaban algo sorprendente y misterioso envuelto en una neblina purpúrea, que sobrecogía el corazón humano en una forma que no era posible que se produjera en cualquier otro lugar. Tenía el extraño poder de conseguir hacerle aparecer a uno humilde y desatar en él al mismo tiempo vehementes deseos de atrevimiento y de aventura en su espíritu.

—¡La tierra está resquebrajada! —exclamó Hal—. ¿Cuál fue la causa de que esto

sucediera? ¿Cómo se produjo este agujero?

—Ya hablaremos de todo esto y lo examinaremos después de que hayáis visto algo de sus alturas y de sus grandes profundidades —repliqué.

A nuestros pies se abría una sima azulada con débiles indicios de declives poblados de cedros y brillantes riscos visibles a través de la neblina del mediodía. Más allá, se extendía, hasta desvanecerse en la lejanía, un oscuro desfiladero de irregulares escabrosidades y de tonalidades purpúreas. Todavía más a lo lejos, se elevaban desnudas cumbres, picachos y llanos, que parecían sestear bajo la luz solar. Por encima de todo esto descollaba una gigantesca meseta, escarpada y bravía, que parecía estar sostenida por murallas de granito que, a los rayos del sol, despedían dorados destellos. Los bosques que cubrían aquella enorme meseta semejaban grandes retazos guarnecidos con oscuros flecos, y se mantenía como apartada de las escarpaduras y acantilados formados por un mundo de rocas, que producían una sensación de aislamiento y de montaraces promesas.

—Muchachos; allí está la meseta en donde viven los pumas —dije—. ¿Veis allá abajo, hacia la izquierda, bajo aquella muralla en donde una depresión del terreno se une con la otra colina por medio de aquel cerro? Aquello es La Silla. Al pie del mismo es donde nos está esperando Hiram Bent con sus sabuesos.

—¿Cómo vamos a poder llegar hasta allí? —preguntó Ken.

—Hay dos senderos. Uno de ellos por allí abajo, bordeando aquel risco; el otro, dando la vuelta a través del bosque. Pero nosotros pasaremos por el sendero que atraviesa el bosque, porque el de abajo no lo considero suficiente seguro para vosotros, en tanto no hayáis crecido un poco más y estéis entrenados. Ahora, pongámonos en marcha y podremos llegar a La Silla antes de que oscurezca, si nos apresuramos un poco.

Dicho esto, nos metimos en el bosque y, atareado en la busca del sendero, en su seguimiento y en mantener a los caballos de carga en debida formación, no tuve ocasión de examinar las reacciones de los muchachos, ni pude darme cuenta de lo que hacían. Sabía que se sentían fatigados por la prolongada cabalgada, pero estaban sin embargo gozando grandemente y bromeando entre ellos. Tenía que ser recorrido un largo camino para llegar a La Silla. El sendero bordeaba, subía y bajaba los numerosos cerros y algunos de ellos eran *tan* escarpados que teníamos que ir dando vueltas y revueltas hacia uno y otro lado.

Además, las grandes aliagas, los zarzales, los enebros, las encinas achaparradas y otros arbustos espinosos eran molestos obstáculos que nos impedían acelerar la marcha. Lo que entonces descubrí fue que el garañón *Marc* era el mejor caballo que había visto siguiendo un sendero. Era incapaz de seguir formando en fila india, pero en cambio, nos descubría el sendero y nos abría el camino para que pudiéramos pasar a través de los espinos.

El sol estaba todavía a una hora por encima del borde del sudoeste cuando alcanzamos la parte superior de la cañada en donde el sendero torcía para dirigirse hacia La Silla. La barranca por la que transcurría el sendero, que con sus laderas cubiertas de hierba y de maleza empezaba siendo muy poco profunda, se iba hundiendo progresivamente y ensanchando, hasta que se transformaba en un verdadero cañón, entre roquizas murallas amarillentas cada vez más elevadas.

Más adelante, el sendero giraba hacia la izquierda y desembocaba en un amplio espacio abierto situado junto a las grandiosas paredes que parecían sostener la meseta. Al llegar allí, percibí el olor a humo y seguidamente vi el resplandor de una hoguera, a continuación una columna de humo azulado y, finalmente, distinguí una tienda de campaña. Inmediatamente llegó a mis oídos el corto y seco ladrido de un sabueso. Me detuve y esperé a que Ken llegara a mi lado. Venía a pie, cojeando y tirando de las riendas de su potro mesteño.

—¡Ánimo, Ken! —dije—. Ya casi hemos llegado.

—Estoy muy animado, Leslie. Me siento muy feliz, pero un poco cansado. En cuanto a Hal, Jim y yo le hemos tenido que ayudar a volver a montar en su caballo más veces de las que puedo recordar. Y dime, Leslie: ¿qué es lo que vas a hacer con nosotros?

—Vais a pasar unos días magníficos. Deseo ya estar en el terreno apropiado. Ahí está Hal. ¡Vamos, Hal, acércate! ¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras? Falta ya poco. Casi hemos llegado.

—Dick; oí un ladrido —dijo Ken, alegremente—. ¡Apresúrate! También allí hay humo… ¡Ah! ¡Estoy viendo a Hiram!

El ver por primera vez al viejo cazador de osos dando de comer a sus perros debajo de un árbol, le causó a Ken Ward una gran alegría. Me di perfecta cuenta de ello al ver los relucientes destellos de su mirada y al oír sus regocijadas expresiones. Cabalgamos muy pronto a través de los últimos obstáculos de espinosos arbustos y penetramos en el campamento. Los perros empezaron a ladrar furiosamente y no cesaron de hacerlo hasta que Hiram los tranquilizó.

Ken, a pesar de su cojera, se acercó presuroso al cazador y se saludaron calurosamente.

—¡Alabado sea Dios, muchachos! Hace muchos años que no había tenido una alegría *tan* grande como la que siento ahora, al veros a vosotros… Bueno; veo que habéis crecido mucho.

Hal siguió avanzando con la misma mirada inquisitiva con que había estado observando al indio navajo que nos acompañaba. En esta ocasión, sin embargo, el muchacho no sufrió ninguna desilusión. Cualquier muchacho habría quedado fascinado ante la espléndida figura del viejo cazador, y Hal estaba más que deslumbrado. Era evidente que la gran estatura de Hiram, sus brillantes ojos grises y

la austera cara tostada por el sol y el viento, acompañado todo ello con el aspecto que le proporcionaba la chaqueta de piel de ante, las botas montañeras y demás indumentaria, correspondían a la idea que el muchacho se había formado del cazador y de cómo tenía que ser, en sus pensamientos juveniles.

—Bueno, los perros han arruinado los flecos y botones de mi chaqueta ——dijo Hiram al ver la atención con que le miraba Hal, y le ofreció su manaza para saludarle —. Eres hermano de Ken, ¿verdad? He oído hablar de ti antes de ahora y siento un gran placer al tenerte aquí conmigo y conocerte personalmente.

La sombra que proyectaba fue deslizándose a nuestro encuentro y ensombreció, pronto, el campamento. Se estaba poniendo el sol. Estábamos a un nivel de poco más de trescientos metros por debajo del borde de la altiplanicie, por lo que mirábamos hacia arriba, hacia los cerros y hacia las escarpadas y altas colinas que se levantaban en dirección al este. Estaban estas últimas como encapuchadas con brillantes caperuzas doradas y enrojecidas, y sus matices cambiaban a cada instante. Mientras yo estaba descargando los caballos, oí que Hiram le preguntaba a Jim de dónde diablos habíamos sacado aquel «descolorido piel roja» que llevábamos con nosotros. La respuesta de Jim no dejó duda alguna de sus ideas con respecto a los indios. Tanto Hiram como Jim, llevaban en alguna parte de sus anatomías señales de balas de plomo que, en ocasiones, les recordaban dolorosamente que tenían algún resentimiento contra los indios.

Después de haberse puesto el sol, la oscuridad se extendía con rapidez por la parte baja de los bordes del desfiladero, y era ya de noche antes de que tuviéramos la cena preparada. Siguió después la apacible y placentera conversación alrededor de la hoguera del campamento. Había ya previsto de antemano que sería tanto para Ken como para Hal una sucesión de arrobadoras emociones.

No parecía que Hiram tuviera mucha prisa en hablar de los pumas, pero se mostró especialmente interesado en la forma que había transcurrido el curso escolar de Ken y principalmente, en su actuación en el equipo de béisbol de la Universidad. Efectuó innumerables preguntas y se mostró encantado al enterarse de los éxitos que Ken había obtenido y de que fue elegido capitán del equipo. Luego, empezó a recordar las aventuras de Ken en Penetier, durante el verano anterior. Finalmente, cuando quedó satisfecha su curiosidad, llamó a sus perros y, gozoso, aunque con gran seriedad, los fue presentando a los muchachos.

—Éste es *Prince*, el mejor perro cazador de pumas que he tenido; nunca ladra. Su olfato es perfecto; es rápido y fiero y, si pudiera decirse que había un perro con entendimiento, éste sería *Prince*.

El gran sabueso parecía confirmar las manifestaciones que sobre él había estado efectuando Hiram. Tenía un aspecto de poder y fuerza, ijares flacos y patas largas; su pelo era leonado y tenía una cabeza grande que levantaba con nobleza. Sus ojos eran

oscuros.

—Este otro es *Curley*. Es un rastreador lento y siempre ladra para avisar. Son éstas dos magníficas condiciones para un sabueso. *Prince* va demasiado deprisa y ahorra su aliento; pero, desde luego, no tiene él ninguna culpa si no puedo mantenerme siempre a su lado durante la caza.

Hizo Hiram una pausa mientras acariciaba la cabeza de *Curley*.

—Aquí está *Mux-Mux*, que no tiene nada digno de alabanza.

El feo sabueso de pelaje blanco con manchas negras así calificado se acercó moviendo su recortada cola y poniendo las patas delanteras sobre las rodillas de su dueño, como queriendo hacer resaltar que no era *tan* detestable como se deducía de la información dada sobre él.

—Bueno, bueno, *Mux-Mux*, retiro un poco de lo dicho. Eres un buen comilón y, además, no he visto todavía a ningún puma que te haya atemorizado. Pero esto último no es ninguna alabanza, sino todo lo contrario, porque pueden matarte cualquier día.

Dándole unas cariñosas palmadas, le mandó que se retirara de allí.

—La madre de los cachorros es ésta. Se llama *Queen* y es digna de confianza, aunque muy lenta, debido a su cojera. Este otro que espera su tumo de presentación es *Tan* y es un buen perro; el que le sigue, ese negro, es *Ringer*. Será algún día un gran sabueso, *tan* bueno como *Prince*, si es que puedo lograr salvarle de los peligros en que se mete.

Hiram encadenó a cada uno de los perros al tronco de un pino joven; luego, llenó de tabaco su pipa y encendiéndola con una pequeña astilla de la hoguera, se arregló un asiento confortable a su vera.

—Bien, muchachos; es una gran satisfacción veros aquí sentados, junto a mi fuego. Mañana nos trasladaremos a la altiplanicie y estableceremos allí nuestro campamento permanente. Hay allí hierba y nieve en los cerros, venados, caballos salvajes y potros mesteños.

—¿Y hay también pumas? —preguntó Ken, sumamente interesado.

—Iba a hablaros de eso. Bien; no había visto nunca en mi vida, en ninguna otra parte, tal encrucijada de huellas de pumas como en esta meseta. He de añadir que sólo he estado ahí en una ocasión y recuerdo perfectamente que en su parte superior existe la mayor madriguera de pumas de todo el Oeste. Cabe observar que en esa meseta no ha cazado nunca nadie más que los indios navajos, y éstos no matarían por nada del mundo a un puma, porque este animal es para ellos la representación de uno de sus dioses. Bien; tal como os estaba diciendo, es muy probable que podamos cazar a toda una camada allá arriba. ¡Ah, muchachos! ¿Qué os parecería si pudiéramos cazarlos vivos?

—¡Sería magnífico! —exclamó Ken.

Hiram dirigió su interrogadora mirada hacia Hal Los grandes ojos del muchacho

estaban brillantes y miraban encendidos y sin pestañear.

—¿Cómo? —preguntó, y su voz parecía el sonoro tañido de una campana.

—Pues… cogiéndolos con el lazo y atándolos luego —replicó Hiram.

Ni el menor engaño, ni ninguna broma, podían tener cabida en la expresión de su clara y bondadosa mirada.

—¡Así, pues, después de todo, Ken no me había mentido! —manifestó Hal de súbito, expresando de esta forma el barullo de sus pensamientos.

—Mi hermano no quiso creer que yo le ayudé a usted a coger con lazo a un oso, y que habíamos intentado hacer lo mismo con los jaguares —aclaró Ken.

—Es muy cierto, muchacho —añadió Hiram—. Bien; ¿qué os parece? ¿Queréis que lo intentemos? A la mayoría de los muchachos les gusta disparar y matar animales. Tal vez a vosotros os parecerá divertido descubrir a los pumas encaramados en las ramas de los árboles y entonces abatirlos a tiros; pero creo que es mucho más divertido y excitante cogerlos con el lazo y tirar de ellos. Además, de esta forma, se le conserva la vida a un animal que puede después seguir moviéndose. Entonces, pues, ¿qué es lo que os parece mejor?, ¿dispararles o enlazarlos?

—Me gustaría mucho más cogerlos vivos –contestó Hal con voz muy baja.

—¡Magnífico! ¡Me complace muchísimo que penséis así! Como podéis comprender, no es la excitación de la caza lo que ando buscando, aunque, a decir verdad, no es que no me guste lanzarles el lazo a animales vivientes. Pero lo cierto es que me pagan diez dólares por cada piel de puma y, en cambio, me dan trescientos por cada puma vivo. Por lo tanto, muchachos, vosotros os divertiréis y yo ganaré dinero y, al mismo tiempo, limpiaremos de animales dañinos la Reserva Coconina. Vayamos ahora a envolvernos en nuestras mantas, porque me imagino que debéis de estar fatigados y mañana tendremos que levantarnos muy temprano.

La meseta

A la mañana siguiente, Hiram nos hizo iniciar la marcha antes del amanecer. Había bullicio en el campamento. Cuando estábamos acondicionando los enseres y teníamos ya los caballos ensillados para montar y emprender la ascensión a la meseta, los bosques y las rocas estaban todavía rodeados por la grisácea iluminación precursora de la aurora. Hiram nos condujo por un sendero que aparecía cubierto de matorrales. Al poco rato, estábamos empezando a subir por una escarpada cuesta, *tan* pronunciada que teníamos que cogernos a la perilla de la silla para no resbalar.

Teníamos que remontar la empinada ladera del cerro denominado La Silla, para poder subir a la meseta. El sendero zigzagueaba por entre los precipicios. A la derecha de nuestra marcha, un profundo despeñadero permitía entrever un amplio espacio en el que se distinguía la silueta de picachos y planicies. A la izquierda estaba el formidable abismo en el que flotaba una compacta neblina. No era posible poder distinguir nada de lo que pudiera haber en aquellas profundidades y me sentía como sobrecogido ante la presencia del gran desfiladero. La ascensión era un duro trabajo para los caballos, puesto que aquel sendero había sido abierto únicamente por el paso de venados, pero en poco más de una hora habíamos logrado alcanzar la meseta.

En aquel momento lució el sol, mostrándose a través de las aberturas que se producían por entre las nubes de la espesa neblina. Entonces pudimos divisar la larga y escarpada silueta de los oscuros montes de la cordillera Buckskin.

Hiram nos dirigió directamente desde el borde hacia un magnífico bosque de pinos. Cabalgamos por entre ellos dando un rodeo de unos tres kilómetros. Parecía que el viejo cazador buscaba un determinado lugar. Por fin, se detuvo en un hermoso claro, en uno de cuyos extremos había una hondonada en la que se conservaba todavía una gran cantidad de nieve acumulada, procedente de las nevadas invernales. Sobre los declives, la hierba era todavía menuda; pero en casi toda la superficie del claro, era espesa y crecida. Aquí, con la nieve y la hierba, estaba resuelto nuestro problema, tanto en cuanto al agua como a la comida para nuestros caballos.

—Nos vamos a quedar aquí —dijo Hiram alegremente—. Estableceremos nuestro campamento en este claro, manteniéndonos apartados de los pinos del extremo del noroeste, para evitar que el fuerte viento que sopla de esa dirección haga caer alguna piña sobre nuestras cabezas.

Estábamos todos enfrascados descargando y ordenando los enseres del campamento para proceder a su montaje, cuando nos vimos sorprendidos al oír el continuado golpear de numerosos cascos de animales sobre el césped.

—¡Coged los caballos! —gritó Hiram apresuradamente—. ¡Que cada uno retenga un caballo!

Nos dimos todos una gran prisa corriendo hacia nuestros caballos, metiéndonos entre ellos y cogiéndolos por las bridas o ronzales, pues empezaban ya a dar resoplidos y algunos de ellos a encabritarse intentando huir.

—¡Muchachos, abrid mucho los ojos y mirad con atención! ¡No os perdáis nada de este espectáculo! ¡Esto es una vista excepcional! —exclamaba Hiram.

El sordo ruido del repiquetear de los cascos parecía dirigirse directamente hacia nuestro campamento. Vi una fila de caballos salvajes corriendo. Los dirigía un garañón de pelo negro que, mientras corría dando largas y rítmicas zancadas, iba volviendo hacia atrás su magnífica cabeza para mirarnos y lanzaba salvajes relinchos de desafío. Pronto se perdió el garañón y su manada por entre el bosque.

—Es la escena más soberbia que he visto en mi vida —manifestó Ken—. Hal, ¿no era esto sencillamente grandioso?

—Nada importa lo que pueda suceder en adelante; me siento ya pagado por cuantas molestias he sufrido para llegar hasta aquí —contestó Hal.

Pocos minutos más tarde, el indio dio pruebas de excitación y señaló hacia la hondonada. Un pequeño rebaño de grandes venados de blancas colas venía trotando hacia nosotros y se paró a una distancia de un centenar de metros de donde nos encontrábamos. Permanecieron inmóviles, levantando sus orejas.

—¡Disparen! ¡Disparen! —exclamó Navvy, el indio.

—¡Que nadie dispare, Navvy! —ordenó Hiram.

El indio parecía estar confuso y dirigió la vista hacia los rifles; luego, hacia nosotros y, finalmente, en dirección a los venados.

—¡Oh! —exclamó Hal—. Son venados mansos. Qué hermosos animales. No podría disparar contra ellos, aun cuando me lo ordenaran.

—No, muchacho. No son ciervos mansos. Son salvajes, y no tienen miedo porque nadie ha disparado contra ellos anteriormente. Mirad ese que está allí, es una hembra y parece que pronto aumentará el rebaño. Lo digo por su tamaño. Decidme, ¿no es todo esto magnífico?

Los sabuesos, al ver a los venados empezaron a ladrar excitados. Esto asustó a los ciervos y huyeron dando los grandes saltos característicos de estos animales, cual si fueran impulsados por muelles invisibles.

—¡Mira! ¡Saltan como si fueran de goma! –comentó Hal, asombrado.

—Vamos; ahora, ¡todos a montar el campamento! Instalaremos en primer lugar mi tienda. Hemos de procurar que esa tienda esté siempre en condiciones, porque nos será de gran utilidad si tenemos alguna tempestad que, en estas alturas de algo más de los dos mil quinientos metros, es muy probable que se produzcan. Puede resultar, inclusive, que cualquier día tengamos una nevada.

Poco después teníamos ya instalado un confortable y atractivo campamento. En el extremo más alejado del claro había un pequeño grupo de pinos jóvenes. Ken, al

verlos, dijo que practicaría un poco sus conocimientos de selvicultura. Los pinos eran pequeños y tenían solamente hojas en la parte superior de sus copas. Ken dijo que aclararía un poco aquel bosquecillo.

—Es una buena idea —aprobó Hiram—. Córtalos; deja solamente alrededor de una docena de pinos, procurando que quede un espacio de tres o cuatro metros entre cada uno de ellos. Servirán para encadenar a nuestros pumas, una vez los hayamos capturado.

Al oír esto, la expresión del rostro de los muchachos era digna de estudio. Especialmente Hal, parecía que estuviera soñando en una aventura extraordinaria.

Cuando el trabajo se hubo terminado, los muchachos se tendieron sobre la mullida capa de las secas hojas de pino que cubría el suelo y descansaron durante un rato.

—¡Arriba, muchachos! ¡A ensillar los caballos! —gritó Hiram—. Es decir, a menos que estéis demasiado cansados para venir con nosotros.

Los muchachos se levantaron de un salto y se mostraron *tan* animados como lo permitían sus doloridos músculos.

—Leslie; deja que el indio se quede en el campamento para vigilar todo esto y nosotros iremos a explorar el terreno.

—Va a echarlo todo a perder; se comerá todo lo que encuentre y nos quedaremos sin casa —gruñó Jim Williams—. Todavía no me explico por qué le hemos ido a buscar para que viniera con nosotros.

Estuvimos cabalgando por la meseta durante toda la tarde. Estábamos completamente asombrados, al mismo tiempo que sorprendidos, ante la imprevista abundancia de caballos salvajes, potros mesteños, ciervos, coyotes, zorros, pavos silvestres y pájaros que íbamos descubriendo a nuestro paso, y tuvimos la gran satisfacción de hallar innumerables huellas dejadas por los pumas que por allí habían pasado. Cuando regresamos al campamento, dibujé un tosco mapa del espacio examinado. Hiram extendió el plano sobre el suelo y nos llamó a todos para que nos reuniéramos a su alrededor.

—Ahora, muchachos —dijo con gravedad—, estrujemos nuestros cerebros para llegar a conclusiones comunes.

El croquis que yo había dibujado tenía una forma un poco parecida a un trébol. El centro y las alas de los lados eran altas y cubiertas de bosques y corpulentos pinos; la hoja del medio era más larga, hacía pendiente hacia poniente y no crecían pinos en ella, sino una densa arboleda de cedros. Numerosos cerros y desfiladeros surcaban esta hoja central. El Cañón Central, era el más largo y profundo; dividía en dos partes casi iguales la meseta, estaba orientado en dirección a nuestro campamento y transcurría paralelamente a otros dos cañones más pequeños que, para distinguirlos, los denominamos con los nombres de Cañón de la Derecha y Cañón de la Izquierda.

Estos tres cañones eran los caminos por los que pasaban los pumas, y una plena prueba de ello la proporcionaban los centenares de esqueletos de venados que se encontraban por entre los espesos matorrales.

La Cañada del Norte era la única depresión del terreno así como la única senda en el borde del noroeste. Hacia la parte oriental de la meseta existía un promontorio y a la izquierda del mismo había un profundo desfiladero, partiendo del cual se iniciaban tres importantes cañones. El borde de la parte sur era regular; pero resultaba absolutamente imposible poder subir a la meseta por aquel sitio, porque sus paredes formaban un continuado precipicio cortado a pico, hasta llegar al estrecho cerro llamado La Silla, en el que existía el único sendero por el que tenía comunicación.

—Veamos las ventajas que podemos obtener de la situación y condiciones del terreno —manifestó Hiram como exordio, para pasar seguidamente a exponernos sus opiniones—. La meseta me parece que tiene unos veinte kilómetros de largo, por aproximadamente unos diez en su parte más ancha. Por lo tanto, no podemos perdernos durante mucho tiempo. Ésta es una gran ventaja a nuestro favor. Sabemos por dónde suben los pumas y me parece que conseguiremos desviarlos efectuando cortas persecuciones, lo cual creo que es un nuevo sistema que vamos a ensayar para esta caza del puma. Hemos de considerar que, si subimos a la cima de La Silla, los pumas no podrán remontar la segunda pared de roca. He de deciros que el primer reborde tiene una profundidad tal vez de trescientos metros, con rajaduras de vez en cuando. Luego viene un resbaladizo declive cubierto de cedros y pinos piñoneros que tiene escarpadas rupturas y despeñaderos y, finalmente, sigue la segunda pared. Pasemos ahora a examinar la situación de los pumas. Bien; apenas si me atrevo a dar crédito a lo que he visto con mis propios ojos. La meseta es un terreno virgen. Hemos venido a parar al lugar en donde se crían numerosos pumas.

Golpeó Hiram la palma de su mano con el puño cerrado. Nos miró a Jim y a mí, y luego a los muchachos. No era preciso ser una persona muy perspicaz para darse perfecta cuenta de que el viejo cazador de osos estaba excitado en aquel momento. Jim levantó su mano y se rascó la cabeza. Era éste un gesto que inconscientemente realizaba siempre que su mente trabajaba a un ritmo más intenso del que tenía por costumbre.

—Los tenemos acorralados; es *tan* cierto esto como que en este momento te estoy viendo.

El brillo de los claros ojos de Hiram cambió de intensidad, demostrando que ahora sentía ansiedad, y dirigió su mirada a Ken y luego a Hal y, finalmente, a los caballos.

—Estoy de acuerdo con lo que estás diciendo, y por ello tendremos que ocuparnos de la seguridad de los muchachos —manifestó—; pero no podremos evitar que algunos caballos sean heridos, al igual que algunos perros, o tal vez que sean

muertos.

Más que ninguna otra cosa, esta observación, por haber sido expuesta por aquel hombre, me causó una gran impresión. El cazador sentía un gran cariño tanto por los perros como para los caballos y veía un serio peligro ante ellos.

—Muchachos, escuchad con atención —prosiguió, hablando con mucha seriedad —. Estamos aquí para cazar algunos pumas. Quiero que penséis primeramente y ante todo, en vuestro propio riesgo y seguridad y luego, en los caballos sobre los que cabalguéis. No os expongáis inútilmente. Mantened el control de vuestros actos. Dejad que vuestros caballos escojan el camino por donde han de pasar. Mirad con gran atención la corteza y las protuberancias de las ramas de los árboles, las falsas rocas y, muy cuidadosamente, el terreno. Ken, mantente siempre detrás y *tan* cerca como puedas de Leslie, y tú, Hal, no te separes del lado de Jim. Por supuesto, nos alejaremos unos de otros y de los perros, y es fácil que nos perdamos; en este caso, tendremos más o menos trabajo para volver a reunirnos. Pero lo principal es que obréis siempre con frialdad y que vayáis despacio cuando no tengáis la absoluta seguridad de que no existe ningún peligro en ir de prisa.

Durante la cena estuvimos hablando largo y tendido y, después, continuamos la conversación alrededor de la hoguera del campamento. Hal era el único que se mantenía en silencio y estaba demasiado absorto por lo que oía, razón por la cual se mantenía callado por completo. Al cabo de un rato, sin embargo, preguntó de repente en un momento de calma de la conversación:

—Desearía saber por qué nuestros caballos se excitaron tanto esta mañana cuando aquel garañón pasó corriendo con su manada en dirección a los bosques.

—Es muy sencillo, Hal —le dije—. Deseaban quedar en libertad para marcharse galopando con los caballos salvajes. Volverán a intentarlo antes de que nos marchemos de aquí. Nosotros, los batidores, tenemos muchas veces problemas para retener a nuestros caballos. La montaña está llena de potros mesteños y de manadas salvajes como la que has visto esta mañana. Y has de tener presente que si se nos escapa un caballo, nos va a ser imposible el poder atraparlo de nuevo.

Empezaba a anochecer; se extendían lentamente las sombras por debajo de los pinos y el viento nocturno empezaba a dejar oír sus quejidos.

—Diría que se percibe una fragancia especial en el viento —dijo Jim encendiendo su pipa con un ascua de la hoguera—. Observad qué inquieto está *Prince*.

El sabueso levantaba su oscura cabeza apuntando su nariz hacia la brisa que soplaba, e iba de un lado a otro como si estuviera en guardia, vigilando. *Mux-Mux* afilaba sus dientes royendo un hueso y le gruñía a uno de los cachorros. *Curley* dormía. *Ringer* miraba a *Prince*, como si estuviera sospechando algo. Los otros perros estaban tendidos frente al fuego.

—Bueno, *Prince* —dijo Hiram dirigiéndose al perro con voz suave—. No vamos

a salir esta noche en busca de ningún rastro. Ken, será parte de tu trabajo de campamento ayudarme en el cuidado de la jauría. Ahora, átalos y nos iremos a dormir.

Huellas

Al despertarme a la mañana siguiente, oí el seco ruido de los hachazos de Hiram que estaba cortando leña. El resplandor de la hoguera se reflejaba en el rostro de Ken, que estaba echado, todavía durmiendo. Vi a *Mux-Mux* que se levantaba y desperezaba estirando las patas. Procedente del bosque llegó a mis oídos un continuado cascabeleo, de lo que deduje que no tendríamos que esperar a los caballos.

—El indio está portándose bien —oí que decía Hiram.

—¡El desayuno está preparado! —exclamó Jim—. ¡Ken, Hal, arriba, muchachos!

Entonces, los muchachos dieron un brinco, levantándose con cara fresca y ojos brillantes, pero todavía un poco adormilados.

—¿Eh? Ken, ¿no oyes a los caballos que se están acercando? —dijo Hal—. ¿Cómo se las habrá arreglado Navvy para encontrarlos? ¡Pero si aún no es de día!

—Eso es un secreto que me imagino que cada uno de los batidores debería saber —contestó Ken.

—Me gusta ese indio; ahora mucho más que al principio —prosiguió diciendo Hal.

Nos desayunamos a la semioscuridad del amanecer, con grises sombras que iban clareando por entre los pinos. Mientras estábamos ensillando nuestras monturas, empezaba a clarear el día. Los perros iban de un lado a otro, moviéndose en la corta distancia que les permitían sus cadenas, mientras olfateaban, levantando la cabeza. Los sabuesos más viejos permanecían quietos, esperando.

—Acércate, Navvy. Vas a venir con nosotros a cazar un puma —dijo Hiram.

El indio hizo un gesto de desagrado o de temor; no sabría realmente decir lo que significaba.

—Dejémosle para que cuide del campamento —sugerí.

—Si se queda, acabará con todas nuestras provisiones —dijo Jim.

—¡A caballo, muchachos! Bien, ¿tenemos ya empaquetados todos nuestros útiles y herramientas? ¿Las cadenas, los cepos, los collares, el alambre y los bozales? Muy bien. Venga, ¡a moverse! Perros perezosos… ¡*Prince*, a ver cómo te portas, dirige el camino!

Empezamos a cabalgar uno al lado del otro a través del bosque y, sin esfuerzo alguno, pude ver claramente reflejado en el rostro de Ken el placer que todo esto le producía, al mismo tiempo que en el brillo de los ojos de Hal se traslucía su espíritu selvático.

Los sabuesos seguían a *Prince* corriendo ordenadamente, pero sin apresurarse en demasía. Salimos del bosque de pinos aproximadamente a las cinco y media de la mañana. Flotaba una espesa neblina que nos impedía ver el extremo inferior de la

altiplanicie, pero empezó a sobresalir por encima del suave color grisáceo de la salvia el verdoso colorido de los cedros. La mañana era bastante fría, si bien no había escarcha sobre la hierba. Avanzando a un trote corto, habíamos ya cruzado el Cañón Central y nos estábamos acercando a los oscuros límites del bosque de cedros cuando Hiram, que llevaba la dirección del grupo, levantó su brazo para indicar que prestáramos atención.

—¡Oh, Ken! ¡Mira lo que está haciendo *Prince*! –le dijo Hal a su hermano.

El sabueso se detuvo con todos sus músculos en tensión; la cabeza levantada, olfateando el aire y con los pelos de su espinazo erizados. Todos los demás perros gemían como quejándose y se apretujaron contra él.

—*Prince* ha olido un rastro —dijo Hiram—. Esto parece indicar que hay un puma por estos alrededores. Todavía no he visto nunca que *Prince* se equivocara. La fragancia flota en el aire. ¡Búscalo, *Prince*! ¡Búscalo! ¡Apartaos, perros, no estorbéis!

La jauría empezó a husmear e investigar hacia atrás y hacia el frente a lo largo de la loma. Nosotros íbamos vigilantes detrás de los perros. Nos acercamos a una hondonada en donde *Prince* ladraba ávidamente. *Curley* contestó los ladridos y *Queen* hizo lo propio al poco rato. Un breve gruñido de *Mux-Mux*, seguido de un irritado guau, guau, indicó que él estaba también preparado.

—*Ringer* se ha marchado —gritó Jim—. Iba bastante más adelante. Tal vez ha descubierto el rastro de ese animal.

—Es muy probable que así sea —replicó Hiram—. Pero *Ringer* no ladra… El que trabaja más de todos es *Prince*. Observad atentamente, muchachos, y estad preparados para efectuar una larga carrera… Estamos ya cerca…

Los sabuesos estaban metiéndose por entre la maleza, buscando cada vez con más avidez, ladrando, contestándose unos a otros e introduciéndose más y más en la hondonada. De pronto, *Prince* empezó a regañir. Se lanzó como un dardo por entre los cedros corriendo hacia el frente. *Curley* dejó oír un profundo aullido y dirigió al resto de los perros hacia la parte superior del declive, produciendo entre todos un irritado y prolongado coro de ladridos.

—¡La caza está en marcha! —gritó Hiram espoleando a su caballo.

—¡No te apartes de mí lado! —le gritó Jim a Hal por encima del hombro.

El caballo pinto sobre el que montaba el muchacho dio un brinco y le siguió. Los demás estuvieron un momento fuera de mi vista. Oí a Ken cerca, detrás de mí, y le grité indicándole que siguiera avanzando y que no me perdiera de vista. Hacia el frente se oían chasquidos por entre los cedros; esto y el ruido que producían los caballos al patear, junto con los gritos de los batidores y los ladridos de los perros, me indicaba la dirección que tenía que seguir. La fiereza de los ladridos y aullidos de los sabuesos me sorprendió. Tal sistema de caza era para mí algo *tan* completamente desconocido como lo era para los muchachos, y por el hormigueo que me producía la

sangre al circular por mis venas, empecé a darme cuenta de que estaba precisamente excitado. Recordé que Jim había dicho que Hiram y su caballo podrían mantenerse a la vista de los perros, pero que al resto de nosotros no nos sería posible seguirlos.

Mi caballo me llevaba a buen paso sobre el sendero abierto por alguien y parecía saber perfectamente que el mantenerse por aquella trocha sin perder el rastro constituía una buena parte del trabajo necesario para pasar por entre la maleza. Oí detrás de mí el ruido que producía el caballo de Ken.

Las ásperas ramas de los cedros me flagelaban y pinchaban, y oía que golpeaban también al muchacho. Subimos a una loma y vimos que los cedros, al otro lado, crecían menos espesos y que había de vez en cuando espacios de terreno descampado. Al dirigimos hacia un declive cubierto de salvia, vi a Hiram montado en su formidable caballo.

—Corre ahora, muchacho —le gritó a Ken.

—Le estoy alcanzando. Siga la marcha —me contestó también gritando.

Saltábamos por encima de grandes matorrales de salvia; pasábamos sobre espesos arbustos y rocas y atravesábamos barrancos a una velocidad increíble y con evidente peligro de rompernos la cabeza. No oía otra cosa más que el viento que soplaba en mis oídos. El rastro de Hiram se distinguía claramente sobre el amarillento suelo y me mostraba, sin posibilidad de pérdida, el camino a seguir. Al entrar de nuevo en la espesura de cedros, lo perdimos. Detuve mi caballo y esperé a Ken. Entonces, grité. Oí el ladrido de los perros, pero ninguna contestación a mi llamada.

—¿Es que nos hemos perdido? —preguntó Ken.

—Prosigamos. Los perros están cerca —contesté.

Pasamos por entre arbustos espinosos, atravesamos bosques de cedros y galopamos sobre terrenos llanos cubiertos de artemisa y de salvia, hasta que un grito de aviso que sonó a nuestra derecha nos hizo volver. Contesté y un intercambio de avisos nos condujo a un espacio abierto, en donde encontramos a Hiram, a Jim y a Hal, pero no había con ellos ningún perro.

—Bien, ya nos hemos reunido —dijo Hiram—. Ahora detengámonos unos momentos y escuchemos a ver si oímos los ladridos de los sabuesos.

Con el ruidoso respirar de los fatigados caballos llenando nuestros oídos, no podíamos percibir ningún otro sonido. Desmonté y me aparté a un lado un poco separado del grupo, y alargué el cuello hacia el lado de donde venía la brisa.

Agucé el oído.

—Oigo a *Prince* —grité casi al instante.

—¿Hacia dónde? —preguntaron los dos hombres al unísono.

—Hacia poniente.

—Es raro —dijo Hiram.

—¿Quieres decir que los sabuesos no se habrán separado? —preguntó Jim.

—¿Abandonó *Prince* aquel rastro fresco? —pregunté.

—No mucho. Sin embargo, esta mañana se ha estado portando de una forma un poco rara.

—¡Allí! ¡Escuchad! —dije—. Aseguraría que es *Prince* y también me parece oír el ladrido de otro sabueso.

—Ese otro de ladrido más profundo es *Curley*. Ahora estoy oyéndolos. Están corriendo a nuestro encuentro y parecen excitados. Es muy posible que podamos ver a un puma dentro de poco. Mantened tensas las riendas de vuestras monturas, muchachos, para poder dominar a los caballos. Pensad que un puma les puede asustar terriblemente.

Los ladridos se oían más cerca por entonces. Nuestros caballos enderezaron las orejas. El caballo que montaba Hal se movió nervioso y lanzó un resoplido. El muchacho supo dominarlo muy bien. Luego, Jim dio un grito de aviso y vimos a *Prince* cruzar por el extremo más bajo de la altiplanicie.

No hubo necesidad de espolear a nuestros caballos. Bastó con soltar un poco las bridas y emprendimos una veloz carrera. *Prince* desapareció de nuestra vista en un abrir y cerrar de ojos; luego salieron del bosque de cedros *Curley*, *Mux-Mux* y *Queen* ladrando desaforadamente. Ellos se perdieron también pronto de vista de nosotros.

—Los perros corren de forma alocada; parece que están como enloquecidos —dijo Hiram gritando.

La furia del cazador y de su caballo suscitó en mí un sentimiento de temor que refrenó mi admiración. Vi cómo las verdes ramas de un pequeño cedro se movían e inclinaban para permitir el paso del enorme caballo, con su jinete doblado sobre la silla y con su cabeza tocando al cuello del animal. Llegó luego a mis oídos el ruido producido por el chasquido de los arbustos al romperse y por los cascos del caballo al galopar en dirección hacia el lugar por donde habían pasado los sabuesos hacía un momento.

Nos apresuramos a seguir la senda que Hiram había abierto, inclinándonos sobre el cuello del caballo y agarrándonos a la perilla de la silla para no resbalar y, aunque teníamos la trocha que él había señalado y seguíamos su rastro a menos de la mitad de la velocidad que él llevaba, los arañazos y los golpes de las ramas de los cedros eran verdaderamente casi insoportables. Pero seguíamos adelante.

A poco más de medio kilómetro en el interior del bosque, nos encontramos inesperadamente junto a Hiram. Había desmontado y estaba escudriñando el suelo. *Mux-Mux* y *Curley* estaban a su lado por haber perdido, al parecer, la pista que seguían. De repente, *Mux-Mux* abandonó el pequeño claro y con un hosco y rápido ladrido, desapareció bajo los árboles. *Curley* se sentó sobre sus ancas y lanzó un gañido.

—Tengo la impresión de que hay algo que no marcha del todo bien —dijo Jim

descabalgando—. Hiram, veo las huellas de un puma.

—Aquí, amigos, veo huellas y no es donde estáis mirando —añadí yo.

—¿Qué creéis que estoy examinando si no son huellas? —preguntó Hiram—. Aquí existen las señales de haber pasado un puma y allí, las de otro. Apeaos, muchachos, y contemplad detenidamente. Estas huellas corresponden al rastro que venimos siguiendo y estas otras a otra pista. Fijaos; se cruzan formando ángulos rectos y las dos son recientes. Han sido hechas hace sólo unos pocos momentos. *Prince* y *Queen* han seguido la dirección de uno de los rastros y *Mux-Mux* el otro. *Curley*, inteligente y viejo sabueso, ha preferido no tomar iniciativas y ha decidido esperarme. Pero ¿dónde diablos se habrá metido *Ringer*? Sería muy raro que se hubiera perdido en esta ocasión, pero también lo es que no se haya dejado ver.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Jim volviendo a montar.

—Haré que *Curley* siga las huellas más recientes —contestó Hiram—, y vosotros tendréis que procurar no perderle de vista o, por lo menos, no dejar de oírle… ¡Aquí, *Curley*, busca!

Curley se lanzó tras la pista que *Mux-Mux* había seguido. Comenzó entonces un pesado trayecto para nosotros.

Hal y su caballo pintojo iban delante de mí y vi que el muchacho consideraba aquella operación como la más importante de todas las que había hecho durante su vida. Algunas veces podía evitar el roce violento contra las ramas de los cedros, pero no siempre era suficientemente rápido. Había momentos en los que yo creía que no podría sostenerse en la silla, pero se cogía fuertemente y se mantenía firme, aun cuando su caballo parecía a veces que iba a caerse por encontrar hoyos entre la maleza. En más de una ocasión perdió Rallos estribos. Cuantas veces miraba yo lo que hacía y me volvía para ver si Ken tenía algún problema, recibía el sosquín de alguna rama de los cedros. Pero me daba solamente cuenta de los trastazos más severos.

De vez en cuando, Hiram voceaba. Nosotros procurábamos mantenemos a la escucha de *Curley* y al cabo de un rato llegamos a un cañón, que a juzgar por su profundidad, imaginaba que tendría que ser el Cañón Central. Aquel lugar representaba una seria barrera para nuestro avance, pero afortunadamente *Curley* no emprendió el ascenso del declive opuesto. Gracias a ello, seguimos nosotros cabalgando junto al borde y pudimos seguir desde allí el avance del sabueso. Momentos después vimos a *Mux-Mux*. *Curley* le alcanzó y siguieron avanzando juntos. Llegamos a un lugar en donde el cañón era muy profundo y ancho y el declive de sus laderas menos escabroso. *Curley* ladraba incesantemente, *Mux-Mux* lanzaba irritados gruñidos y ambos sabuesos, a plena vista por nuestra parte, empezaron a rastrear el terreno siguiendo un imaginario círculo. Hiram refrenó su caballo y se apeó, mientras nosotros nos deteníamos.

—Descabalgad, muchachos —dijo con aspereza.

—Atad los caballos fuertemente. El puma está escondido por aquí, en algún sitio. Recorred a lo largo del declive y mirad cuidadosamente cada cedro, cada pino y cada una de las grietas de la escarpa.

Hal se apeó, pero no ató a su caballo; estaba pálido, muy excitado y jadeaba muy fuertemente. Ken dejó a su potro y corrió a lo largo del borde delante de mí. A cada pocos pasos se detenía y miraba atentamente a su alrededor. Luego, de repente, como si hubiera sido golpeado por algo invisible, se irguió sorprendido y empezó a gritar:

—¡El puma! ¡El puma! ¡Está aquí! ¡Le he visto! Corre, Hal…

Me apresuré a acercarme a Ken, pero no pude divisar al puma por parte alguna. Luego me detuve para ver lo que hacía *Mux-Mux*. Corrió el perro hasta el extremo de una rocosa pared que cruzaba la barranca; miró hacia arriba y se puso a ladrar con fiereza. Cuando luego vi que se deslizaba hacia un declive escarpado que se hallaba al fondo de aquel muro y que daba saltos en dirección a las ramas de un cedro, supe hacia dónde tenía que mirar para descubrir al puma. Entonces miré con suma atención y logré ver una especie de bola amarillenta astutamente agazapada en un entrelazamiento de ramas.

Probablemente el puma se había lanzado a las ramas del cedro desde la rocosa pared.

—¡En el árbol! ¡Está entre las ramas! —grité—. *Mux-Mux* lo ha descubierto.

Apareció Hiram, bajando atropelladamente por un pronunciado declive.

—¡Atención! ¡Mucho cuidado todos! —gritó—. Tenemos que bajar y hacer mucho ruido. Nos interesa que no salte.

Dos pumas

Hiram y Jim se lanzaron prácticamente rodando por el declive, haciendo que las piedras se desmoronaran en su descenso. Yo llamé gritando a los muchachos para que se acercaran. Hal estaba como petrificado, sin mover uno solo de sus músculos, y Ken parecía que estuviera encadenado. Hiram se volvió y se dio cuenta de todo esto.

—¡Eh, muchachos! ¿Es que tenéis miedo? —gritó.

—Sí; pero voy a acercarme —confesó Ken con valentía; dando muestras, sin embargo, de estar todavía vacilando.

Por fin, vencido por la vergüenza y por la irritación, echó a correr por el declive y no se paró hasta que estuvo precisamente debajo del cedro en el que estaba gruñendo el puma.

—¡Atrás, Ken! ¡Apártate! Estás demasiado cerca –le avisó Hiram a voz en grito —. Puede saltar. Si lo hace, no corras. Déjate caer boca abajo y no te muevas. Es un macho de dos años y está asustado.

—No se preocupe de si salta o no —braveó Ken jadeando, pero dio un salto de costado—. Ya estoy curado de estos…

Fuere lo que fuere de lo que Ken estaba curado, no llegó a decirlo. Pero no tuve ninguna clase de duda de que lo que realmente tenía Ken era miedo. Yo mismo no me sentía completamente tranquilo ni mucho menos. Los llameantes ojos del puma, su boca abierta mostrando los blancos colmillos, sus persistentes e irritados gruñidos, la posición de sus patas traseras recogidas bajo el cuerpo como si estuviera preparado para lanzarse sobre el sabueso, eran cosas que, ciertamente, no estimulaban para estar tranquilo.

—Miren lo que está haciendo *Mux-Mux* —gritó Ken. El sabueso había ya empezado a subir por el árbol y estaba a un tercio de la distancia que había desde el suelo al puma.

—¡Aquí, *Mux*! ¡Maldito bribón idiota…! —le gritaba Hiram—. ¡Baja de ahí!

Le tiró piedras y troncos al perro, pero éste no hizo ningún caso y prosiguió con sus furiosos ladridos y con su persistencia en trepar por el cedro.

—Tendré que sacarle de ahí o, de lo contrario, dentro de muy poco tiempo será un perro muerto —dijo Hiram—. Vigila atentamente, Jim, y avísame si el puma se dispone a saltar, porque no me va a ser posible poderle ver a través de las ramas del cedro. Se moverá nerviosamente, justo antes de dar el salto.

Cuando Hiram empezó a subir por las primeras ramas del cedro, el puma emitió un siniestro gruñido y se encogió formando como una bola, al mismo tiempo que temblaba todo su cuerpo.

—¡Cuidado! ¡Va a saltar! —gritó Jim.

El puma, gruñendo rabiosamente, empezó a deslizarse por las ramas para bajar. Hiram, de forma cautelosa, fue descendiendo. Era aquél un difícil momento para todos nosotros, en especial para Hiram. En cuanto a mí, podría decirse que estaba mirando con un ojo al puma y vigilaba a los muchachos con el otro; tenía por tanto, suficiente trabajo.

El comportamiento de Hal era muy raro. Corría declive abajo; luego, se detenía y volvía hacia atrás; movía sus brazos haciendo aspavientos y chillaba como si fuera un indio. Su hermano, con un extraño brillo en la mirada, se movía de un lado a otro como si estuviera andando sobre ladrillos ardiendo. No había visto nunca, anteriormente, brillar de aquella manera los ojos de Ken Ward. El puma retrocedió y se encaramó un poco más arriba del cedro; *Mux-Mux* proseguía tenazmente su ascensión y Hiram le siguió.

—Amigos —dijo el viejo cazador—. Parece que se está burlando de nosotros. Intentaremos hacerle bajar. Coged todos troncos y acercaos corriendo al cedro, como si estuvierais dispuestos a matarle a palos.

El ruidoso movimiento y los gritos que dábamos, habrían alarmado seguramente a un león africano. El puma pareció sacudirse, abrió la boca enseñando los colmillos y continuó subiendo por el cedro hasta una altura tal que las ramas sobre las que se colocó se balancearon peligrosamente.

—Pincha a *Mux-Mux* con un palo para hacerle bajar —dijo Jim levantando una larga vara para dársela a Hiram.

El viejo sabueso estaba como colgado al árbol, no cejando en su lucha por subir y era difícil hacerle retroceder. Sin embargo, Hiram pudo empujarle con la vara. El perro, por fin, cayó pesadamente y, sin cesar en sus furiosos ladridos de batalla, intentó subir nuevamente al árbol.

—Tú, viejo guerrero; ven acá —dijo Hiram sujetando al perro—. ¿De qué va a servirnos un perro herido? A ver; que alguien le ate.

Cogió Jim a *Mux-Mux* y lo ató junto a *Curley* que, con anterioridad, había sido ya amarrado.

—Bien, amigos; no puedo subir *tan* arriba, porque las ramas del árbol no me sostendrán. Pero voy a intentar otra cosa —digo el cazador.

—Ahora pernea —gritó Jim.

Entonces me di cuenta de lo que Hiram intentaba realizar. Subió de prisa por el árbol. El ver las acrobacias que hacía, era más que suficiente para quitarle a uno el resuello; oí la entrecortada respiración de Ken. Pronto alcanzó Hiram la horcadura central del cedro. Entonces se irguió y colocó el nudo corredizo de su lazo en el extremo de la larga vara que Jim le había entregado. El puma dio un bufido y con un rabioso zarpazo desbarató la tentativa del cazador. El segundo intento dio como resultado que el puma mordiera la cuerda del lazo. Con la rapidez del rayo Hiram

empujó con la vara la cuerda, levantando de esta forma el lazo por encima de las orejas del puma; soltó la vara y lanzó entonces abajo el otro extremo de la cuerda hacia donde estaba Jim.

—¡Tira! —gritó.

Jim puso rápidamente todos sus músculos en acción y dio un fuerte estirón, consiguiendo que el puma cayera. El cedro se balanceó *tan* violentamente que Hiram perdió pie y, tratando de agarrarse a las ramas del cedro, pero sin poder conseguirlo por entero, no se pudo sostener y cayó al suelo casi encima del puma. Se levantó entonces una gran polvareda, dando el cazador prodigiosos saltos para no ser atrapado por las garras de la fiera.

—¡Cuidado! —gritó.

Sus operaciones eran verdaderamente sorprendentes. Mientras yo corría hacia uno de los lados, el puma estuvo a punto de darle un zarpazo que Hiram esquivó milagrosamente. Luego, dando la fiera un salto como si estuviera impulsada por un muelle, cayó junto a Ken. El muchacho se lanzó rápidamente por la cuesta y fue a caer sobre un arbusto espinoso. Inmediatamente, el furioso animal se volvió para atacar a Jim que, por fortuna, pudo apartarse, pero tuvo que soltar el lazo. Hiram, que parecía estar en todas partes, cogió el extremo libre de la cuerda del lazo y la ató al tronco de un pino pequeño. Entonces, el puma desapareció de nuestra vista por quedar envuelto en la nube de polvo que levantaba en su lucha por soltarse.

—No tentemos la suerte —gritó Hiram, cogiendo el lazo de Jim—. No quena que tiraras *tan* fuerte, haciéndole caer del árbol. Ahora o se soltará o bien se matará.

Cuando la polvareda se aclaró un poco, descubrí que la fiera estaba completamente tendida, sacando espuma por la boca. En el momento en que Hiram se acercó haciendo voltear el otro lazo, el puma empezó a hacer toda una serie de evoluciones que le daban la apariencia de ser una rueda amarillenta de piel y polvo. Luego pareció que se había dado un golpe y se quedó inerte.

Hiram se abalanzó entonces sobre el animal y aflojó un poco el lazo que le agarrotaba el cuello.

—Mucho me temo que éste ya ha terminado de dar guerra. Pero…, tal vez no todavía. Estas bestias son muy resistentes. ¡Me parece que aún está respirando! Ayúdame, Leslie. Vamos a atarle las patas. Sobre todo, mucho cuidado.

Cuando estuve junto al puma, éste se movió y levantó la cabeza. Hiram deshizo el otro lazo y ató con la cuerda las patas traseras del animal y lo puso patas arriba. En esta posición, sin fuerzas y casi sin poder respirar, era relativamente fácil manejar a la bestia. Jim y yo cumplíamos rápida y estrictamente las indicaciones que nos iba dictando Hiram, quien cortó las afiladas uñas de las garras del puma y juntó las cuatro garras, atándolas fuertemente. A continuación quitó del cuello de la bestia el lazo y puso en su lugar un reforzado collar de cuero, al que estaba unida una cadena.

—Ahora, dejémosle respirar. Se está recuperando poco a poco —dijo Hiram—. Hemos tenido mucha suerte. Jim; no tires nunca de un puma para hacerle caer de un árbol. Trata solamente de empujarle para conseguir que quite una pata de la rama y que quede colgado mientras alguien, desde abajo, trate de atarle las garras traseras. Ésta es la mejor manera para cogerlo, pues de lo contrario, si no se le puede matar, es muy probable que alguien resulte herido.

Apareció entonces Ken, cubierto todo él de arañazos y con el vestido destrozado por su caída sobre los espinos. Al ver a nuestro cautivo empezó a llamar a gritos a Hal. El muchacho se acercó ansiosamente adonde estábamos. No se daba cuenta de que nos reíamos de su aspecto. Tenía el rostro enrojecido, las cejas humedecidas y los ojos parecían salirse de las cuencas. Cualesquiera que hubieran sido los azarosos momentos por los que tuvimos que pasar nosotros, no cabe duda alguna de que eran una nadería comparados con lo que debieron ser los que tuvo que pasar Hal.

—Bien, muchacho, ¿dónde estabas cuando este bicho saltó? —preguntó Hiram sonriendo.

—¿Han podido atarlo? ¿De verdad? —preguntó Hal quedamente.

—Sin duda alguna. Acércate y podrás convencerte. Ahora es más inofensivo que un gato casero –contestó Jim sonriendo.

El sistema utilizado por Hiram para realizar esta operación era sin duda alguna la parte más peligrosa de su trabajo. Puso un trozo de palo entre las abiertas mandíbulas del puma y cuando éste, de una dentellada, lo dejó completamente astillado, hizo la prueba con otro palo y luego con otro, y fue repitiendo la operación hasta que el animal no lo astilló. Entonces, mientras la fiera estaba mordiendo el palo, Hiram colocó un lazo de alambre por encima de la nariz de la bestia apretándolo lentamente hasta que el trozo de palo que tenía en la boca no pudiera resbalar y caerse; el palo quedó, de esta forma, retenido sobre los terribles dientes caninos del puma.

—Ya está. Éste es el primero que tenemos ya listo para llevarlo al campamento. Le dejaremos ahora aquí y nos marcharemos en busca de *Prince* y de *Queen*. Seguramente deben tener ya acorralado al otro puma. Vamos a ayudar.

Cuando Jim desató a *Mux-Mux* y a *Curley*, ninguno de los dos perros pareció tener ninguna clase de interés, ni *tan* siquiera curiosidad por el desamparado puma. *Mux-Mux* se limitó a dedicarle un gruñido y siguió presuroso a *Curley*, cuesta arriba. Subimos todos a la altiplanicie y montamos a caballo.

—¿Oís eso? —gritó Hiram—. Son los ladridos de *Prince*. ¡Vamos! Démonos prisa.

Del bosque de cedros que existía al otro lado del cerro, nos llegaba la penetrante algarabía de un coro de ladridos. Hiram espoleó a su caballo y nosotros seguimos tras él, al galope. Cuando logramos alcanzarle, Hiram estaba ya descabalgando al borde del espeso bosque de cedros y penetró en el mismo. Nosotros íbamos pisándole los

talones. Pronto desapareció de mi vista y, tras él, Jim y Ken, que le seguían de cerca. Oí el crujir de las ramas muertas y de la maleza que se quebraban a su paso y, al cabo de poco rato, llegó a mis oídos un profundo y terrible gruñido acompañado de los gritos de los cazadores y los ladridos de los perros. Me esperé para atar el potro mesteño de Ken y tuve que llevar a cabo idéntica tarea con el de Hal, que no podía hacerlo porque sus manos estaban temblorosas. Sacó el muchacho el rifle de la funda.

—No, Hal; no hagas eso. Vuelve a poner el rifle en su funda. Domina tus nervios, porque con la excitación podrías herir a alguien. ¡Vamos, serénate! Puedes correr y unirte a ellos, escabullirte o acercarte pausadamente, que me parece que es lo que voy a hacer yo.

Entonces me metí con él, casi arrastrándolo, en el sombrío bosque de cedros, dirigiéndome hacia el lugar de donde venía el ruido. Lo primero que vi fue a Ken a horcajadas sobre la rama de un árbol, al que se había subido tratando de trepar velozmente todavía más arriba. Luego vi a *Mux-Mux* que estaba subiendo a otro árbol y, al pie del mismo, a los otros sabuesos con las cabezas levantadas, mirando hacia las ramas, y, por último, en una de las horquetas superiores pude ver a un puma negruzco.

—¡Allí! —exclamé inconscientemente.

Jim, que siempre conservaba la tranquilidad, estaba también vociferando; Ken, por su parte, chillaba cuanto podía. En cuanto a Hiram, dejó escapar de su cavernoso pecho una especie de bramido que ahogó nuestros combinados alaridos.

Ayudé a Hal a subir a las primeras ramas de un cedro y me asocié luego a las tareas del momento. Lo primero que hizo Hiram fue hacer bajar a *Mux-Mux* del árbol.

—Ven acá, Leslie. Cógelo y átalo, pues de lo contrario nos quedaremos sin sabueso. Tiene más fuerza que un caballo.

Si *Mux-Mux* hubiera sido sólo un poco más fuerte de lo que en realidad era, podría haberme arrastrado o en su caso liberarse de mí. Jim colocó una cuerda debajo del collar de cada uno de los perros; luego, con mi ayuda, trató de sacarlos de debajo del árbol en el que estaba encaramado el puma.

—Tendremos que hacer un nudo corredizo –dijo Jim mientras yo estaba atareado con la cuerda—. Hemos de atarlos de manera que si el puma salta del árbol, podamos ponerlos en libertad en seguida.

Luego, mientras Hiram subía al árbol, Jim y yo estábamos esperando. Pude ver entonces a Ken encaramado casi en la parte más alta de un cedro, al mismo nivel que el puma. Hal estaba abrazado a una rama y se esforzaba para no perder detalle de lo que se estaba haciendo y, a juzgar por la expresión de la mirada, diría que se le subía el corazón a la garganta. Se veía el sombrero gris de Hiram por entre las ramas, cada vez más alto, y luego, sus fornidos hombros. Se adivinaba la tensión de los músculos del puma que estaba completamente agazapado y dispuesto a saltar. Con sus fauces

abiertas mostrando rabioso los afilados colmillos, sus ojos miraban errantes como si estuviera buscando una posibilidad de poder huir y su peluda cola se balanceaba sobre las ramas del árbol, cuyas hojas rompía al golpearlas, manifestando claramente el terror del animal.

El cazador seguía subiendo por el árbol, sosteniendo una cuerda con los dientes y llevando en una de sus manos un largo palo.

—Tened cuerdas preparadas ahí abajo —gritó Hiram dándonos instrucciones.

Mi cuerda era nueva y, por ello, difícil de dominar al ser manejada. Cuando la tuve preparada con un lazo corredizo, oí el crujido de ramas. Levanté la mirada y vi al puma luchando para librarse de una cuerda que tenía arrollada a su cuello. Jim corrió a situarse debajo del árbol con un lazo desplegado en sus manos. Entonces Hiram tiró fuertemente de la cuerda con la que tenía enlazado al puma, pero éste se sostenía con firmeza clavando sus garras en la rama. Entonces Hiram tiró la cuerda sobre mí.

—¡Cógela, Leslie! ¡Échame una mano!

Los dos, Hiram y yo, tirábamos de la cuerda con todas nuestras fuerzas, pero la fiera no se soltaba. De repente, se rompió la rama y el puma se vino abajo, pataleando furiosamente con sus cuatro patas. Jim, con gran destreza, pudo enlazar y atar fuertemente una de las patas traseras del animal, pero sólo por verdadero milagro pudo librarse de ser herido por el zarpazo de la otra pata.

—Suelta la cuerda, Leslie —me gritó Hiram.

Hice lo que me ordenaba, y la cuerda que Hiram y yo habíamos sostenido voló hacia arriba, por entre las ramas, cuando el puma cayó al suelo. Hiram saltó del árbol y casi como si volara, se lanzó sobre la cuerda; la cogió y la sostuvo fuertemente.

—Tira con fuerza, Jim —gritó Hiram— y tú, Leslie, prepárate para atarlo con otro lazo.

Nuestra actuación había sido rápida, pero resultó ser todavía demasiado lenta, para lo que entonces empezó a suceder. Resultó ser de todo punto imposible para los dos forzudos hombres, uno de ellos parecido a un gigante, poder sostener a aquella fiera que luchaba con todas sus fuerzas. Se formó una nube de polvo, empezaron a volar por los aires los trozos de ramas secas tiradas por el suelo y las piedras rebotaban contra los dedos. Jim cayó de rodillas y el corpachón de Hiram estaba inclinado por el esfuerzo que hacía. Entonces, Jim no se pudo sostener y cayó boca abajo sobre el suelo.

Me apresuré a prestarle ayuda y cogí la cuerda que ahora sostenía él con una sola mano. Pudo levantarse y unimos nuestros esfuerzos, tratando de arrastrar al animal. Aquel momento fue aprovechado rápidamente por Hiram y consiguió atar la otra cuerda de su lazo al tronco de un cedro. Luego, los tres juntos nos esforzamos para atar la cuerda que sosteníamos Jim y yo a otro árbol, teniendo así estirado al animal.

Hiram, después, tras laboriosos esfuerzos, logró amarrar las patas delanteras del puma con otro lazo.

—Es una hembra y nos está dando muchísimo trabajo —dijo Hiram cuando nuestra cautiva yacía indefensa, con sus costados hinchados y sus ojos llameantes—. Tiene por lo menos dos metros y medio de largo, pero no es demasiado pesada. Las hembras, regularmente, no suelen engordar demasiado. Dadme otra cuerda.

Atada con cuatro lazos en la forma deseada por Hiram, aquella fiera no podía moverse. Entonces procedió a atarle las patas, a cortarle las uñas y a ponerle un bozal y un collar.

—Vamos a ver, ardillas; me parece que ahora ya podéis bajar —dijo Hiram con cierta seriedad, dirigiéndose a los dos hermanos—. ¿Qué sucederá si uno de estos días estamos separados y no hay nadie que me pueda ayudar más que vosotros? ¿Qué sucederá entonces, muchachos?

Tanto para Hal, como para Ken, que habían ya descendido de sus refugios, las palabras del viejo cazador eran algo al mismo tiempo espantoso y dominante.

—Me atrevería a asegurar —añadió Jim limpiándose el sudor y el polvo que cubrían su cara—, que algo va a suceder.

—Nunca me he encontrado así, como ahora —dijo Hal, prácticamente temblando—. Todo mi cuerpo estaba con los nervios en tensión y sin que pudiera dominarlos… Luego, me sentí frío y entorpecido…

Su sencilla y humilde explicación aumentaron la simpatía que todos sentíamos por el muchacho.

—¿No te dije lo que iba a suceder? —le preguntó Ken, riéndose.

Hal no contestó. Dedicaba toda su atención a los sabuesos. Jim los estaba desatando. Habían cesado de ladrar y sentía curiosidad por ver lo que iban a hacer en relación con nuestra presa.

Prince se acercó, llegando hasta una distancia de escasamente un metro de la fiera y, desdeñosamente, aparentando no darse cuenta de su presencia, se tendió en el suelo; *Curley* meneó la cola; *Queen* se entretuvo en lamerse su pata dolorida; *Tan*, como si estuviera aburrido, bostezó y se puso a dormir; solamente el incorregible *Mux-Mux* exteriorizó su antipatía por nuestra cautiva y gruñó una sola vez, baja y profundamente, y se la quedó mirando con sus ojos enrojecidos, como queriéndole recordar que era él quien la había llevado al triste estado en que se encontraba. En aquel momento apareció en el claro *Ringer* trotando, cojo y polvoriento por sus correrías a través del bosque; miró al puma, lanzó un resentido gruñido y se tendió al suelo.

En el campamento

¿Cómo nos las compondríamos para llevar a nuestros cautivos al campamento? Ésta era la nueva tarea con la que teníamos que enfrentamos seguidamente. Mandamos a Ken a que fuera en busca de los caballos de carga. Estuvo ausente durante un largo rato y cuando, al fin, apareció ante nuestra vista en la planicie de salvia, nos dimos cuenta con toda claridad de que se hallaba en apuros.

Marc, el garañón bayo, estaba terriblemente excitado y no se dejaba dominar.

—¿Por qué no le habrá pedido al indio que le ayudara? —gruñó Hiram, que se enfadaba sólo cuando las cosas no marchaban correctamente con los caballos—. Desplegaos y procurad calmarle.

Rodeamos al garañón; Hiram consiguió ponerle un cabestro. El rostro de Ken estaba enrojecido; su pelo chorreaba sudor y parecía que había estado por lo menos un par de horas tratando de cumplir lo que se le había ordenado.

—No me gusta ese caballo —explicó el muchacho—. Pero no podía traer los otros y dejar a M are. ¿Qué creen que sucedió? Cuando le dije al indio que habíamos cazado dos pumas, salió huyendo y se metió en el bosque. Dirán ustedes, tal vez, que no tenía que preocuparme por ese caballo. Creo que lo mejor que podré hacer en otra ocasión, será montar sobre él, porque esa será la única forma de dominarlo.

—Bueno, lo primero que voy a hacer en cuanto lleguemos al campamento, es quitarle el cuero cabelludo a ese piel roja —dijo Jim.

—Muchacho, no te avergüences tanto –manifestó Hiram tratando de consolarle —. Reconozco que hiciste muy bien en no dejar a *Marc* allí.

Mientras hablaban, estaban de pie sobre la pelada cumbre del pequeño cerro, a la entrada del espeso bosque de cedros. Los dos pumas estaban tendidos a la sombra. Hiram y Jim, utilizando un largo tronco, habían traído al primero de nuestros cautivos, al que llamábamos *Tom*, desde el cañón hasta el lugar en donde habíamos dejado atada a la hembra.

Ken, tal como se le había indicado, trajo una albarda y dos grandes sacos. Cuando Hiram trató de acercar el caballo que lo traía al lugar en donde se hallaban los pumas, la bestia empezó a temblar y a retroceder.

—Que alguien deshaga los rizos de las correas –dijo Hiram.

Fue una suerte que yo le hubiera quitado ya la albarda y los sacos al caballo, porque éste se encabritó, dio unos cuantos brincos, logró soltarse de Hiram y echó a correr por la llanura.

—Parece que pertenezca a la manada de caballos salvajes ——comentó Jim.

Acerqué yo otro caballo y traté de mantenerlo quieto para que Hiram y Jim pudieran ponerle la albarda, pero habría sido necesario que los tres nos hubiéramos

dedicado a sostenerle, para conseguir que no huyera.

—Huelen a los pumas —dijo Hiram—. Me temía que sucedería esto. ¡Maldita suerte! Nunca dejará que le carguemos los pumas encima. Tendría que ser un caballo viejo y sordo.

—Probemos el alazán —sugerí—. Parece más manso. Por primera vez en su vida, según dijo Hiram, el caballo alazán se negó a obedecer y empezó a cocear, cual si fuera una mula salvaje.

—Me parece que tiene miedo —dijo Jim—. *Marc* no parece tenerlo. ¿Por qué no probamos con él?

Hiram se quedó mirando a Jim, como si no comprendiera bien lo que éste había dicho.

—¡Pues, claro, Hiram! Probemos con el garañón —añadí yo—. Me gusta la forma como mira.

—¿Cargar pumas sobre ese caballo? —exclamó Hiram, aterrado.

—¡Desde luego! —replicó Jim.

El gran caballo garañón parecía el jefe de una manada de caballos, justamente lo que hubiera llegado a ser si Purcell no lo hubiera cazado cuando no era más que un potrilla correteando por el desierto, con sus hermanos de la manada. Olía a los pumas, pero mantenía con orgullo la cabeza levantada, las orejas erectas, y sus grandes y negros ojos brillaban como si fueran dos ascuas.

—Intentaré traerle y le dejaremos ver a los pumas. No podemos engañarle —dijo Hiram.

El caballo no mostró desconfianza de clase alguna, ni nada que pudiéramos haber previsto. Se mantuvo firme ante los pumas y se quedó mirándolos como si deseara luchar contra ellos.

—Me parece que se los podremos cargar –declaró Jim.

Le pusimos la albarda al caballo. Mientras yo sostenía al garañón, Hiram y Jim pusieron los pumas en los sacos y los ataron uno a cada uno de los lados de la albarda. *Tom*, el puma macho, a la izquierda. Pero creo que no ha existido ningún otro puma más rabioso que él. Costó mucho trabajo enlazarlo y no menos el poder atarle las patas, como hizo resaltar Jim; pero el ser metido en un saco y cargado sobre un caballo, era algo que ningún puma podía permitir que le hicieran. Por ello, *Tom*, ya que otra cosa no podía hacer, sacaba rabiosamente espuma por la boca y producía una especie de silbido, cual si fuera un torpedo en marcha a punto de explotar. Poner a la hembra dentro del otro saco, costó todavía más trabajo, porque era más larga que el macho y su cabeza colgaba fuera del saco.

—Mucho me temo que voy a ver cómo *Marc* salta por el precipicio —dijo Hiram —. ¡Y pensar que le prometí a Purcell que cuidaría con todo cariño a este caballo!

La ansiedad de Hiram no fue más allá de este pensamiento, ya que se equivocó en

sus temores. *Marc* condujo a los pumas al campamento sin ningún otro problema y, como dijo Jim, sin la menor vacilación. Al llegar, vimos que el indio nos miraba asustado, sacando la cabeza por detrás del tronco de un pino muy grande.

—Ven acá, Navvy —dije llamándole.

Hiram y Jim vociferaban dirigiéndole risibles calificativos, debido a lo cual la ennegrecida cabeza se desvaneció para no volver a aparecer. Luego, desataron uno de los sacos y sacaron del mismo al puma hembra. Hiram ató la cadena que la sujetaba al tronco de un pino pequeño y, como la fiera yacía indefensa, sacó de la boca del animal el trozo de tronco que le había colocado detrás de los colmillos. Esto hizo que cayera el alambre que actuaba como bozal. La fiera, tal vez para celebrar aquel inicio de libertad, lanzó un rugido. Hiram llevó a cabo con gran destreza la tarea de librarla de los lazos que la sujetaban. El cazador hizo resbalar el lazo que ataba una de las garras, lo que le permitió aflojar la cuerda y, en un instante, consiguió dejar en libertad la otra garra. La fiera dio un salto con la boca abierta, las orejas aplanadas y los ojos muy brillantes.

Antes de que el cazador bajara de la albarda a *Tom*, como llamábamos al puma macho, me acerqué a él y puse mi rostro a unos quince centímetros de sus narices. Como si la bestia escupiera sobre mí, al dar un bufido me llenó la cara de espuma. Deseaba ver de cerca los ojos de un puma enfurecido. Eran hermosísimos. Las grandes pupilas tenían un color ambarino tostado, estaban entreveradas con finas rayas negras y rodeadas de un rojo purpúreo.

—Venid, muchachos —grité dirigiéndome a Hal y a Ken—. No os dejéis perder esta oportunidad. Acercaos y mirad de cerca los ojos del puma.

Los dos muchachos se apartaron dando un salto hacia atrás al lanzar *Tom* un bufido, pero seguidamente se repusieron y se acercaron bastante.

—Mira, allí… ¿Qué ves?

—Imágenes. Es como si fueran espejos mágicos —manifestó Ken.

—Me gustaría que lo dejaran en libertad –replicó Hal al instante.

Me gustó mucho que los dos hermanos vieran en los ojos del puma mucho de lo que yo mismo había estado admirando.

Era cierto; cual si fueran espejos mágicos, se distinguían en aquellos ojos imágenes de la altiplanicie cubierta de árboles, los oscuros pinos y los sombríos cañones, los amarillentos riscos y despeñaderos… Profundamente, en aquellas pupilas vivientes, variando rápidamente con innumerables vibraciones, parecía distinguirse la esencia de la vida salvaje de aquella bestia indomable que estaba ahora incapacitada, que había perdido la libertad, pero que conservaba todavía sus instintos de selvático furor y de lucha.

Hiram llevó a cabo con *Tom* operaciones parecidas a las realizadas con respecto al otro puma, dejándolo encadenado al tronco de un pino. Una vez allí atado, la bestia se

agazapó y se quedó como si descansara, después de unos momentos de inútil pugna por liberarse.

—Mira, Dick. Allí viene Jim con Navvy —dijo Ken.

Vi que Jim traía al campamento al indio, quien parecía querer resistirse. Lo sentí por Navvy, y estaba convencido de que su miedo era tal vez más de carácter moral que de temor físico. El puma representaba a uno de los dioses de los pobres e ignorantes indios navajos y era para ellos un objeto reverencial.

Forzado por Jim, el indio se hacía el remolón, arrastraba los pies y volvía el rostro de lado. Jim prácticamente lo arrastró durante unos cinco metros y lo mantuvo cogido mientras Hiram trataba de demostrarle al pobre hombre que los pumas no podían hacerle ningún daño. Navvy se quedó inmóvil y refunfuñando para consigo mismo. Jim parecía estar tramando alguna diablura, ya que le hizo acercar un poco más. Pero justamente en aquel momento, Hiram señaló hacia los caballos y le dijo al indio la palabra «chineago», que en el idioma del pueblo de los navajos, significaba «comida».

Pero *tan* pronto como Jim soltó al indio, éste se escabulló y los gritos que le dirigimos no sirvieron para otra cosa más que para hacerle correr todavía más deprisa.

—Ya volverá cuando el hambre le apriete —dijo Hiram—. Ken, lleva a los caballos abajo, a la hondonada, pues allí encontrarán buena hierba.

Dando un salto con gran agilidad, Ken trató de montar sobre el ancho lomo del garañón.

—¡Cuidado, muchacho, que te vas a matar! –Exclamó Hiram—. ¡Que me aspen si lo entiendo!

En efecto. Parecía que nuestro magnífico garañón había dejado a un lado su noble comportamiento de los últimos momentos y que volvía de nuevo a las andadas, ya que antes de que Ken pudiera ponerse a horcajadas, *Marc* bajó la cabeza y arqueó el lomo; puso sus patas juntas y empezó a dar brincos. Me pareció que el garañón ponía en práctica las más selváticas tretas de los caballos salvajes que corrían por el desierto. El caballo era excepcionalmente robusto y pesado pero, al mismo tiempo, muy ágil. En otras ocasiones le había visto dar tres vueltas cada vez sobre sí mismo, tendido en el suelo, y eso era algo que no había conseguido ver que lo hiciera nunca ningún otro caballo.

Ken empezó a saltar, pero se cogió fuertemente con sus manos a la larga crin del animal enrollándola entre sus dedos, consiguiendo mantenerse montado sobre el lomo del caballo. Era evidente que Ken no quería darse por vencido y que se sentiría avergonzado si se caía. Veíamos todos nosotros que no había posible salvación para el muchacho y que dentro de muy poco rato no podría ya seguir montado sobre el garañón, razón por la cual empezamos todos a gritar y a aplaudirle para animarle.

—¡Magnífico! ¡Lo estás haciendo muy bien! —chilló Jim.

Sin embargo, me imaginé que Jim no estaba absolutamente nada convencido de que Ken lo estuviera haciendo bien.

El afecto que Hiram sentía por el muchacho lo puso alegremente de manifiesto por lo que estaba viendo y se puso a gritar. Era *tan* divertido contemplar a Hal como estar viendo a Ken esforzándose en sus equilibrios. Hal, el más joven de los dos hermanos, estaba fuera de sí por la excitación y la alegría que sentía. Daba vueltas alrededor del caballo, vociferando desaforadamente.

—¡Agárrate fuerte, Ken…! ¡Cógete…! ¡Aprieta las piernas…! —iba diciendo Hal, intentando darle instrucciones a su hermano.

Entonces, el garañón pareció estar endemoniado. Empezó a encabritarse y a dar botes de carnero levantando el cuarto trasero y dando coces al mismo tiempo, tratando de tirar al muchacho. Hacía cabriolas y daba increíbles brincos, consiguiendo que el muchacho se despegara. Pero Ken tenía fuerza y no soltaba la crin, y caía de nuevo sobre el garañón. Sin embargo, en una de aquellas piruetas, al alzarse el caballo de manos y dar al mismo tiempo un formidable salto, lanzó al muchacho más arriba de la longitud de sus brazos y entonces le resbaló la crin en la que estaba agarrado, rebotó sobre la cruz del garañón y cayó al suelo. La gruesa capa de secas agujas de pino que cubría el terreno evitó que se lesionara al venirse abajo; al momento se sentó sobre el suelo.

—Jim —exclamó el muchacho—. Comprendo ahora perfectamente que el indio no quiera montarlo.

Cuando estuvimos completamente convencidos de que Ken no había sufrido ningún daño y después que conseguimos frenar nuestra natural alegría, Jim dijo, arrastrando las palabras:

—Ken; ésta ha sido la más formidable actuación de un caballo para librarse de su jinete que he visto en mi vida. Estoy convencido de que *Marc* sería capaz de quitarse de encima una silla de montar, por muy bien cinchada que estuviera.

—Muchacho, reconozco que tienes derecho al desquite, pero creo que por ahora será mejor que montes tu propio caballo —dijo Hiram.

—No se preocupe —contestó Ken—. Sé perfectamente cuándo tengo bastante.

Montó seguidamente sobre su potro mesteño y llevó a *Marc* y a los otros caballos a la hondonada. Cuando regresó, vimos que tras él venía el indio como escondiéndose. Navvy se detuvo, ya en el campamento, junto a un pino; pero al ver que nadie le hacía caso y que parecía que no nos habíamos dado cuenta de su presencia, se acercó más, como si nada hubiera sucedido.

Estábamos todos ocupados en las tareas del campamento y yo ayudé a Ken a darle la comida a los sabuesos. La forma corriente es tirarles unos cuantos huesos. Nuestros perros, sin embargo, no eran perros corrientes. Fue preciso emplear mucho

tiempo y una gran cantidad de comida. Habíamos traído entre nuestras provisiones mucha carne de caballo salvaje que había sido cortada en pequeños trozos y colgada de las ramas de un roble achaparrado.

Pero a *Prince* tuvimos que darle la comida individualmente y podría decirse que a mano. Oí que Hiram decía que aquel sabueso se habría muerto de hambre antes de comer nada que hubiera sido tirado a la jauría sin hacer distinciones. *Curley* puso en evidencia sus derechos y reclamaba preferentemente grandes trozos de una vez. *Queen* pedía la comida con mirada suplicante y, por la gentileza de su comportamiento, conseguía que se le diera más comida de la que realmente le correspondía. *Tan* tenía que ser vigilado, y a *Ringer*, debido al imperfecto desarrollo de sus dientes, tenía que dársele su porción cortada en pedazos muy pequeños. En cuanto a *Mux-Mux*, bueno, los grandes perros tienen también sus faltas: nunca tenía suficiente carne. Estaba dispuesto a pelearse con la pobre *Queen* e inclusive era capaz de robarle la comida a los pequeños cachorros y, cuando se había ya terminado todo lo que Ken le había dado y, además, todo lo que había robado, se apartaba contoneando sus abultados costados, como si remedara a un obeso marino holandés.

—Y nuestros pumas, ¿no van a comer nada? —preguntó Hal.

—Estarán unos cuantos días sin comer —contestó Hiram—. Tal vez dentro de una semana o cosa así, podremos intentar darles algún conejo recién cazado. No obstante, esta misma noche beberán.

Efectuamos una sencilla y alegre comida y después, Hiram, Ken y yo, nos fuimos a través de los bosques, en dirección al borde de la altiplanicie.

Queríamos explorar un enorme promontorio situado a poniente y, después de dar un rodeo de casi un kilómetro, llegamos al lugar deseado. Los bordes de aquel precipicio de gran profundidad, me atraían de forma irresistible. La vista, desde aquella altura, era de un sorprendente esplendor. La rocosa muralla del precipicio se extendía hacia poniente y, en aquel momento, daba la sensación de que llegaba hasta el sol, que iniciaba entonces su puesta. Los dorados destellos que surgían de los millones de facetas que parecían cinceladas en las rocas, proporcionaban a la contemplación de los hombres el brillo de unos magníficos e intensos coloridos. El mirar hacia la gran profundidad de aquel precipicio, producía una sensación que podría ser comparada únicamente a la que se experimentaría si pudieran ser contempladas las azules, plácidas e insondables profundidades oceánicas.

—Venid; ayudadme a empujar esta piedra —dije.

Unimos nuestras fuerzas para tratar de hacer rodar una gran piedra redondeada y, después de varios esfuerzos, tuvimos la alegría de ver que se movía. Afortunadamente, teníamos a nuestro favor un pequeño declive. La roca produjo un rechino, se balanceó y empezó seguidamente a deslizarse. Justamente cuando dobló el borde de precipicio, le di una mirada al segundero de mi reloj. Luego, mirando por

encima del borde, esperamos. Predominaba el silencio del cañón, intensificado por el contraste con el ruido producido por nuestra respiración. Transcurrían los segundos, que daban ahora la sensación de ser largos espacios de tiempo y no se oía ningún otro ruido. Creí que la distancia a recorrer por la piedra debía ser demasiado larga para que el ruido de su caída llegara hasta nosotros. Pasaron quince segundos…, diecisiete…, dieciocho.

Se levantó entonces un soplo de aire portador de un estrepitoso estruendo. Parecía irse ampliando, haciéndose por momentos más ensordecedor y retumbante. Luego, lentamente, se fue alejando el eco como si fuera rebotando por aquellas montañas, valles, cañones y llanuras, hasta perderse en la lejanía de los desfiladeros.

—Es una hondonada muy profunda —comentó Hiram.

El atardecer fue extendiéndose perezosamente sobre nosotros en silencio, mientras permanecíamos extasiados contemplando la desaparición del brillo solar tras los picos montañosos. El colorido de la vegetación que nos rodeaba fue oscureciéndose como tratando de fundirse con la negrura de la noche, que parecía emerger, como azabachada marea, de las profundidades del cañón.

Al regresar al campamento tratamos de pasar por un atajo que nos condujo a una profunda barranca con rocosas laderas. Hubiera sido mejor dar un rodeo, pero la torrentera era bastante larga y, entonces, decidimos cruzarla. Habíamos descendido ya un poco cuando, de repente, el viejo cazador me detuvo y me hizo retroceder un poco.

—Escucha —musitó.

Había silencio en la espesura; sólo se oía el leve roce de las hojas de los pinos que se movían impulsados por una ligera brisa. El hechizo de la grisácea oscuridad parecía acercarse a nosotros rastreando, por debajo de los árboles.

Oí entonces el rápido y tenue pateo de duras pezuñas sobre las rocas de las laderas.

—¿Venados? —pregunté en voz baja.

—Sí; mira —me dijo, señalando con uno de sus dedos índice, hacia el frente—. Precisamente debajo de aquellas rocas, allá a la derecha, a este mismo lado; están bajando.

Pude distinguir figuras grisáceas, del mismo color que las rocas, que se movían descendiendo, cual si fueran sombras.

—¿Han olido nuestra presencia?

—Creería que no; la brisa sopla contra nosotros. Podría ser, sin embargo, que hubieran oído el ruido que pudiera haberse producido al romperse alguna rama a nuestro paso. Se han detenido, pero no miran en nuestra dirección. Estoy pensando que…

De repente, oímos el chocar de algunas piedras pequeñas al caer rodando por la

pendiente, seguido por el inconfundible ruido producido por el impacto de cuerpos blandos pero pesados y luego el ruido de lucha en el fondo de la barranca.

—Un puma ha saltado sobre un venado —gritó Hiram—. Precisamente ante nuestros ojos. Venid. Ken, carga tu revólver. Vayamos hacia allí.

Hiram bajó corriendo el declive dando gritos durante todo el trayecto, y yo me mantuve a su lado. Al llegar al fondo del barranco, la espesura nos impidió seguir avanzando. Por ello tuvimos que entretenernos para abrirnos paso. Ken se había adelantado; lanzó un grito y seguidamente oímos, uno tras otro, los seis disparos de su revólver. Vi una figura gris que saltaba velozmente y que me pareció que era demasiado larga y demasiado baja para ser un ciervo. Me apresuré a sacar mi revólver de la funda y disparé con tanta rapidez como me fue posible. Hiram estaba también disparando y el ruido de los disparos se mezclaba y repetía retumbando en las laderas del barranco. Sin embargo, a pesar de nuestros disparos, el puma huyó.

—¡Vengan!… ¡Por aquí!… ¡Apresúrense! –gritaba Ken.

Hiram y yo pudimos atravesar los arbustos y poco después estábamos inclinados sobre un cuerpo gris que estaba tendido a los pies de Ken. Era un ciervo dando boqueadas para poder respirar.

—Es una hembra de poco más de un año —dijo Hiram—. Mirad aquí debajo, en el cuello; lo tiene casi completamente destrozado. Ken, dispárale un tiro y remátala para que no sufra.

Pero ni Ken, ni ninguno de nosotros tenían cartuchos. Tampoco Hiram había llevado consigo su cuchillo de monte y, por ello, teníamos que estar allí, viendo cómo sufría el pobre animal, esperando la muerte.

Oímos entonces un agudo grito, arriba.

—Ése es Jim —dijo Hiram—. No le costará mucho encontramos.

Contestamos su llamada y al poco rato se oyó el crujido de las ramas de los arbustos al romperse a su paso y apareció Jim, saliendo de la espesura. Llevaba un rifle en cada mano, se movía con tanta seguridad y tenía un aspecto *tan* formidable en la creciente oscuridad que no pude dejar de pensar el gran esfuerzo que hubiera representado su llegada, en caso de existir un verdadero peligro.

—Jim; he visto sucesos muy raros durante mi ya larga vida —dijo Hiram—, pero ésta ha sido la primera vez que he visto saltar un puma sobre un ciervo. Es extraordinario.

—Al oír tantos disparos me apresuré a venir, pensando que pudiera sucederos algo —replicó Jim.

—Llegaremos pronto al campamento. Podríamos por tanto llevarnos parte de este ciervo —sugerí, y así lo hicimos, enriqueciendo nuestras provisiones con una gran cantidad de carne fresca de venado.

Hal estaba sentado cerca de la hoguera; su semblante era un poco pálido. Observé

que tenía el rifle entre sus manos y no pronunció palabra alguna hasta que Ken contó nuestra pequeña aventura.

—Precisamente antes de oír los gritos y los disparos, estuve mirando atentamente a *Prince* —dijo Hal—. Estaba inquieto; no quería permanecer echado; husmeaba el viento y gruñía. Pensé que debía de haber un puma rondando por las cercanías del campamento.

—Bien; me habría gustado mucho que Ken hubiera podido abatirlo —dijo Jim.

Estaba convencido de que los deseos de Jim eran compartidos por todos los demás. Por otra parte, Hiram y Ken expresaban su disgusto por la muerte del pobre ciervo y no hay que decir que me sentía identificado con sus sentimientos. La tragedia que habíamos interrumpido a medias con nuestra presencia, se producía cada noche y también, a menudo, durante el día y muy probablemente en varios sitios al mismo tiempo.

Hiram nos contó que había encontrado catorce montones de huesos blanquecinos y pelo arrancado entre los espinosos arbustos, en un radio de poco menos de dos kilómetros del lugar en el que nos encontrábamos acampados.

—Tendremos que atar a esas malditas bestias, o de lo contrario, tendremos que matarlas. Bien, parece que está refrescando mucho —dijo Hiram—. ¡Eh, tú; Navvy! «Coco. Coco».

El indio dejó cuidadosamente a un lado el cigarro que estaba fumando, hurgó la lumbre y echó más leña en la hoguera.

Mientras seguía nuestra conversación sobre escenas selváticas, la oscuridad fue aumentando. Vi después cómo iban desapareciendo las estrellas, porque el viento, soplando ahora del norte, arrastraba espesas nubes, al mismo tiempo que crecía el frío y traía presagios de nieve.

Me encantaba el viento del norte; desde luego, siempre que estuviera arropado bajo mis calientes mantas y arrullado por el silbido que producía al pasar por entre las hojas de los pinos.

Cubierto con las mantas, me removí para envolverme con ellas y permanecí cómodamente echado oyendo durante largo rato soplar el viento, hasta que me quedé adormecido. De vez en cuando, me parecía que aumentaba el ruido, como si se estuviera desencadenando una tempestad, pero el sonido que oía era principalmente un bajo e incesante gemido que creía impetuoso y que luego, de repente, no era más que un susurro que invitaba a dormir.

DON
HISTORIA DE UN GRAN PERRO

Don era en parte un sabueso; así era por lo menos cómo Buffalo Jones, el hombre de la frontera, le describía. Pero parecía ser más inteligente y estar mejor enseñado que cualquiera otro de los perros, sin filiación conocida, de la jauría que Jones había recogido para ayudarle a cazar pumas en el Gran Cañón.

Éste es el verdadero relato de la excursión que mi padre efectuó acompañado por Jones, al extremo norte del Gran Cañón, en donde tenían que llevar a cabo su cacería.

Don parecía ser más cauteloso y reservado que los otros perros, pero mi padre se hizo pronto amigo de él. Se descubrió después que la inteligencia y la valentía de *Don* fueron lo que le permitió un día salvar su propia vida.

Me llevó varios años el darme cuenta de la grandeza de un perro y, a menudo, cuando he narrado la historia de *Don*, su amor a la libertad y su animadversión para con los hombres, cómo salvó su vida y cómo salvó al mismo tiempo la mía, nunca lo he contado, tal como lo siento hoy.

Vi a *Don* por primera vez en Flagstaff, Arizona, en donde se hicieron los preparativos para que yo pudiera cruzar el desierto con Buffalo Jones y una caravana de mormones que se dirigía al desembarcadero de Lee, en el río Colorado. Jones había traído consigo un indescriptible conjunto de perros. Nuestro propósito era cruzar el río, bordear los Riscos Bermejos y, finalmente, atravesar el bosque Buckskin para subir al extremo norte del Gran Cañón, en donde Jones confiaba poder atrapar algún puma, cazándolo con lazo. La parte más importante de nuestro equipo era, por supuesto, la jauría de sabuesos. No había visto nunca *tan* abigarrada agrupación de canes. Para no tener, no tenían ni *tan* siquiera nombres. Jones me proporcionó el privilegio de ponerles los que más me acomodaran.

Había entre ellos un sabueso que por su soberbia figura, parecía ser un fuera de serie. Su pelaje era lustroso, oscuro y suave; su cabeza ancha y noble, y sus grandes ojos, negros. Tenía las orejas extraordinariamente largas, surcadas por gruesas venas y ligeramente amarronadas. Era, en resumen, un perro que me pareció ser de pura raza. Mis amistosas insinuaciones para trabar amistad con él, fueron ignoradas desdeñosamente.

Jones me dijo que era, en parte, un sabueso y que había pertenecido a un distinguido anciano mejicano que se estableció al sur de California. Por ello, le llamé *Don*. Estuvimos durante diez días cruzando el desierto Pintado, y las prolongadas marchas a caballo eran entonces algo *tan* nuevo y peligroso para mí que no me sentía

excesivamente entusiasmado para intentar hacerme amigo de los perros. Sin embargo, no me olvidaba de ellos y, a menudo, me daba lástima verlos correr cojeando, atados con tintineantes cadenas, detrás de los carromatos. Inclusive en aquellos momentos, tenía el presentimiento de que tanto los caballos como los perros iban a tener una gran importancia en mi excursión al Oeste.

Al llegar al embarcadero de Lee, cruzamos el Colorado y nos internamos en el hechizado y salvaje cañón, con sus fantásticos valles de dorados matices y purpúreas profundidades. Al llegar allí, nos despedimos de la caravana y proseguimos nuestra ruta con Jones y sus dos batidores Jim y Emmet, que cuidaban de nuestro equipo en aquella maravillosa región, cuya belleza nunca había imaginado. Acampamos durante varios días en la amplia pradera en donde Jones dejó su rebaño de búfalos en libertad.

Un día, los batidores me pusieron a horcajadas de un potro mesteño blanco que, aparentemente, se sentía satisfecho de llevar sobre sus hombros a un inexperto. Pero en aquellos momentos yo no sabía lo que muy pronto aprendí: que los búfalos iban siempre persiguiendo en la pradera a aquel potro mesteño. Cuando empecé a cabalgar cerca del rebaño, quedé primero asombrado y seguidamente aterrorizado, al ver que los búfalos se lanzaban contra mí… Pero me estoy apartando del asunto, porque ésta es una narración sobre un perro.

Cuando hubimos atravesado el río, Jones desencadenó a los perros y los dejó que corrieran libremente delante de nosotros o que nos siguieran lentamente. Muchos de ellos se rezagaron. *Don*, sin embargo, era uno de los canes que no tenía sus patas dañadas. Más allá de la pradera en donde habían quedado los búfalos, penetramos en el matorral que estaba lleno de maleza y de arbustos espinosos, y aquí fue donde Jones empezó a adiestrar a los perros seriamente. Llevaba sobre su silla un viejo trabuco, con respecto a la utilidad del cual me había estado haciendo yo numerosas conjeturas. Había supuesto, por ejemplo, que tal vez pensaba utilizarlo para matar pequeñas piezas de caza.

Moze, nuestro perro de pelaje blanco con manchas negras, el más feo de la colección, cazó un conejo.

—¡Aquí, *Moze*, ven acá! —gritó Jones con voz estentórea.

Pero *Moze* no le hizo ningún caso. Jorres, entonces, sacó rápidamente el trabuco de la funda en la que lo llevaba colgado de la silla, y antes de que yo pudiera formular ninguna protesta, ya había disparado. La distancia a la que se hallaba el perro era bastante larga —algo más de veinticinco metros—pero *Moze* empezó a dar agudos gañidos y vino cojeando hacia donde nos encontrábamos. Resultaba asombroso ver cómo se arrastró a los pies de Jorres.

—¡Así! ¡Eso te enseñará a no entretenerte cazando conejos! ¡Eres un cazador de pumas! ¡No lo olvides! —le gritaba el viejo llanero al perro, como si le estuviera hablando a un ser humano.

Al principio, estaba yo *tan* asombrado y furioso que no pude hablar; pero, por fin, expresé mis sentimientos.

—Bueno, esto parece peor de lo que es en realidad —dijo Jorres fijando en mí la penetrante mirada de sus ojos grises—. Cargo el trabuco con sólo unos cuantos perdigones muy pequeños, con los que apenas si podría matarse, tocándolo bien, un pájaro. Así que no puedo hacerles más daño del que les causaría un simple pinchazo. Comprenderá que no dispongo de tiempo suficiente para perderlo enseñando a estos perros. Es por lo tanto preciso hacerles ver rápidamente que no han de seguir el rastro del primer animal que encuentren, ni dedicarse a la caza de roedores, sino de pumas.

No me quedó otro remedio que contenerme, aunque me pareció que Jim y Emmet compartían mi indignación. Sin embargo, formularon excusas en favor del viejo llanero, para que yo disimulara su actuación.

—Acabará consiguiendo que los animales hagan lo que él desea. Pero no he visto nunca que un perro o un caballo le tuviera ningún aprecio.

Cabalgábamos a través de los arbustos que presentaban bellísimos matices purpúreos. Ascendíamos gradualmente hacia una línea que, en el horizonte, aparecía como un borde negruzco; era el bosque Buckskin. El matorral estaba apestado de conejos, liebres, coyotes, zorros, perritos de la pradera y ratas de monte que atraían la atención de nuestros perros. Todos ellos, excepto *Don*, fueron víctimas de los trabucazos de Jones e inclusive el tozudo *Moze* recibió por segunda vez las poco agradables caricias de los menudos perdigones, en esta ocasión, desde un poco más cerca. Después me sentí aliviado al ver que los perros, ni *tan* siquiera *Moze*, se atrevían a desobedecer las órdenes de Jones, cuyo sistema era ciertamente cruel, pero tenía que reconocerse que daba resultado. Desde su niñez se había dedicado a la caza de animales salvajes y al adiestramiento de perros para tal ocupación. En realidad, se sentía traído por tales tareas, pero no participaba sentimiento alguno en su realización.

—El cuidadoso *Don* es demasiado listo para dejarse sorprender con tus trabucazos —le hizo observar Jim a nuestro guía en cierta ocasión.

—No sé…, no sé… —contestó Jones dubitativamente—. Tal vez no le gusta cazar en este terreno. Pero espera hasta que aparezca algún venado. Entonces veremos lo que sucede. Hay en él sangre de sabueso y apuesto cualquier cosa a que se lanzará tras el ciervo. Todos los sabuesos lo hacen así, inclusive los especialmente entrenados para la caza del oso o del puma.

Poco después de haber penetrado en un maravilloso bosque de pinos, se presentó la ocasión que, con respecto a *Don*, había mencionado Jones. Varios venados salieron de unos espesos matorrales y cruzaron, a lo lejos, el sendero por el que ascendíamos, desapareciendo inmediatamente por entre los verdes arbustos.

—¡Ahora veremos lo que sucede! —exclamó Jone sacando deliberadamente el

viejo trabuco de su funda.

Los sabuesos corrían a los lados de nuestros caballos, ignorantes del peligro con el que iban a enfrentarse. Llegamos pronto al sitio en el que los ciervos habían cruzado el sendero. Todos los sabuesos dieron muestras de gran excitación. *Don* dio un seco ladrido y se lanzó como un rayo tras las huellas.

—¡*Don*, ven acá! —gritó Jones al mismo tiempo que levantaba el trabuco.

Don no pareció haber oído la orden. Entonces, Jones disparó contra él. Vi perfectamente la nubecilla de polvo y las agujas de pino que se levantaron alrededor de *Don*, que cayó y rodó por tierra. Temí que pudiera haber sido herido gravemente. Pero se levantó en seguida y regresó a nuestro lado. Parecía extraño que no lanzara ningún quejido. Jones condujo a su caballo a un pequeño claro y dispuso que nos detuviéramos.

—¡*Don*, ven aquí! —ordenó con voz seca y autoritaria.

El sabueso obedeció sin mostrarse halagado ni rastrero. Tampoco se acercó con la cola entre las patas, pero estaba evidentemente asustado y bastante herido. Cuando estuvo a nuestro lado, vi que estaba tembloroso y que por sus largas orejas resbalaban algunas gotas de sangre. ¡Cuánto descontento y tristeza había en su mirada!

—¡Así! ¡Así se hace! —rezongó Jones—. Ya sabía que eras un buen cazador de ciervos. Pues bien; ahora eres un cazador de pumas.

Más tarde, aquel mismo día, cuando me hube calmado suficientemente de mi enfado, hablé con Jones sobre aquel procedimiento de entrenar los perros disparando sobre ellos. Deseaba saber cómo esperaba conseguir que los perros aprendieran lo que quería que hicieran.

—Pues… eso es muy sencillo —replicó lacónicamente—. Cuando hallemos las huellas de un puma, les pondré sobre la pista… y que la sigan. Lo aprenderán pronto.

Parecía que fuera verosímil, pero yo estaba *tan* exasperado que no podía acallar mis dudas con respecto a que aquellos perros pudieran llegar a cazar algo, y tomé la determinación de que si Jones volvía a disparar contra *Don* otra vez, me impondría y daría por terminada la cacería, a menos de que se me asegurara formalmente que no se repetiría aquel bárbaro sistema de entrenamiento.

Poco después de este incidente, acampamos al borde de un pequeño barranco en una de cuyas laderas había una conchesta todavía helada y un pequeño arroyo formado por su licuación, que discurría hacia el fondo del barranco. Mientras estábamos instalando el campamento, llegó a mis oídos el ruido producido por los cascos de una manada de caballos salvajes que se acercaban, cosa que me causó una gran impresión. Fue la primera vez que vi caballos salvajes. Me convencí de que nunca olvidaría a aquel magnífico garañón, el jefe de la manada, corriendo bajo los árboles y mirando hacia atrás para vernos por encima de su espalda, mientras se alejaban.

Durante la acampada intenté nuevamente trabar amistad con *Don*. Había sido encadenado separado de los demás perros. Comió lo que le llevé, pero se mantuvo alejado. Su dignidad y desconfianza eran de tal magnitud que no me arriesgué entonces a tenderle la manos para acariciarle, pero me propuse ganar su confianza, por poco que me fuera posible. Su trágica mirada me subyugaba. Se reflejaba en sus ojos el recuerdo de un pasado que yo no podía descifrar. Parecía estar siempre mirando a la lejanía. En aquel momento llegué a la conclusión de que aquel perro odiaba a Jones.

A medida que avanzábamos atravesando el bosque, éste se hacía más espeso y salvaje, pero también más hermoso. En los claros que, de vez en cuando, hallábamos, la alta hierba que en ellos crecía era de un verde pálido y se balanceaba impulsada por las ráfagas de viento, mientras las campanillas parecían dedicarnos débiles sonrisas.

El bosque estaba densamente poblado por manadas de venados y de caballos salvajes y, por lo tanto, teníamos casi continuamente ante nuestra vista alguno de estos animales. De vez en cuando echaba a volar un urogallo, de plumaje pardusco jaspeado de gris. Pero el habitante del bosque que más sorpresa y fascinación me produjo fue una magnífica ardilla negra con larga y peluda cola blanca, que parecía llevar sendos plumeros en sus orejas y una raya roja hacia abajo, en sus lustrosos costados.

Estuvimos cabalgando durante varios días por entre esta encantadora selvatiquez ascendiendo gradualmente hasta que, una tarde, llegamos de repente ante una tremenda cortadura del bosque. Habíamos llegado al extremo norte del Gran Cañón. Me quedé asombrado y me esforcé en retener en mi imaginación la gran impresión que me causó la vista de aquella hendidura, demasiado fantástica y, al mismo tiempo aterradora. El efecto de aquel instante debió ser tremendo, ya que nunca más he olvidado la impresión que me produjo el encuentro con aquella maravilla.

Aun actualmente, lo que más me fascina es mirar desde una gran altura, precipicio, promontorio o picacho, el misterioso colorido de las profundidades.

Nuestro destino era la altiplanicie de Powell, que formaba un espacio sobresaliente, cual si fuera un promontorio, sobre el amplio cañón. Jones me lo mostró desde larga distancia. Su negro contorno aparecía ribeteado con destellos dorados a la puesta del sol y daba la sensación de ser inaccesible.

La única vereda que conducía a la altiplanicie era un tortuoso sendero abierto por el paso de los caballos salvajes, raramente utilizado por las personas y extremadamente peligroso. Estuvimos dos días caminando por este sendero para llegar a La Silla, un estrecho cerro que comunica con la altiplanicie. Acampamos al pie de una extensa muralla de roca que lanzaba dorados destellos a la luz de la hoguera y era *tan* maravillosa aquella visión que me mantuve contemplándola

durante mucho rato.

Aquella noche, los pumas visitaron nuestro campamento. Los sabuesos se pasaron varias horas ladrando. Ésta fue la primera ocasión que tuve de oír los ladridos de *Don*; eran profundos, sonoros y salvajes, como si fueran los de un lobo al frente de su manada.

A la mañana siguiente ascendimos a La Silla, desde la cual pude contemplar, mirando hacia abajo, la quebrada todavía dormida envuelta en sombras purpúreas. Continuamos luego la marcha y por un estrecho sendero abierto por el paso de los venados, subimos a la cima de la altiplanicie. Aquí se hallaba verdaderamente el espacio inmenso, aislado y salvaje de mis sueños. Estaba yo entonces en plena euforia aventurera. Deseaba acampar allí mismo, en el borde, pero Jones se rio de mí. Seguimos por lo tanto la marcha a través de la llanura formada por magníficos bosques de pinos y descendimos luego hasta llegar a un riachuelo, en la parte norte del cual había un gran ventisquero. Esto era muy necesario, porque en la altiplanicie no había agua. Jones montó a caballo y salió a explorar los alrededores, mientras el resto de nosotros instalábamos el campamento.

Antes de tener terminadas nuestras tareas, apareció a la orilla del riachuelo una manada de ciervos que, deteniéndose, se quedaron mirándonos. Había allí venados grandes y pequeños, de un pelaje azul grisáceo, delgados y graciosos. Eran *tan* mansos que me pareció que hubiera sido una verdadera brutalidad disparar contra ellos.

Don fue el único de nuestros perros que se quedó mirando lo que hacían los ciervos, pero no lanzó un solo ladrido ni mostró ningún deseo de salir en su persecución para cazarlos. Me pareció, sin embargo, ver brillar en sus oscuros ojos un extraño destello de ternura. No descuidé nunca la ocasión de acercarme a *Don*, cualquiera que fuera la oportunidad que permitiera continuar mis insinuaciones amistosas.

Pero en esta ocasión, al igual que en las anteriores, *Don* se alejó de mí. Me demostraba frialdad y tenía aspecto sombrío. No le había visto nunca menear la cola ni ladrar alegremente, como era costumbre habitual entre los demás perros.

Jones regresó al campamento jubiloso y excitado en *tan* algo grado como era posible que pudiera estarlo aquel viejo llanero acostumbrado a la vida selvática. Había encontrado huellas y el rastro de los pumas, y estaba absolutamente convencido de que obtendríamos una magnífica cacería.

La altiplanicie tenía una forma parecida a la de una hoja de trébol y tendría sobre poco más o menos unos diez kilómetros de largo por unos cinco o seis de anchura. La parte central estaba cubierta por frondosos pinos y en los lados, que presentaban un desnivel hacia el cañón, crecían cedros y espesos arbustos. Esta parte más baja, con sus numerosas cañadas, torrenteras y gargantas, dirigiéndose todas ellas hacia las

quebradas, despeñaderos y precipicios del Gran Cañón, constituía un magnífico paraíso para los venados y, desde luego, para los pumas.

Encontramos muchos rastros de puma que se dirigían hacia abajo, desde los mellados bordes cubiertos de cedros a los declives llenos de arbustos de amarillentas y rojizas tonalidades. Estos declives constituían, en realidad, una gran región muy especial, que terminaba en precipicios verticales de una altura de más de un centenar de metros.

Había muchos venados y eran *tan* mansos como el ganado que se halla en las praderas. Pacían con nuestros caballos y era corriente que formaran hatos de poco más de una docena de cabezas. En una ocasión pude ver un rebaño bastante grande. En la parte baja, en el prado que crecía debajo de los cedros y en las cañadas, encontramos numerosos restos de los ciervos. Jones dijo que eran las reliquias de las víctimas de los pumas, y nos manifestó con toda claridad que el número de venados que aquellas fieras mataban anualmente en la altiplanicie era muy superior al que podía ser imaginado por cualquiera que no hubiera visto los restos que hallábamos en nuestras excursiones.

Al cabo de dos días habíamos ya atrapado tres pumas, que teníamos cautivos amarrados al tronco de pequeños pinos, cerca de nuestro campamento. Eran animales de unos dos años. *Don* y yo habíamos descubierto al primer puma, encaramado en un árbol; yo había sacado fotografías de Jones enlazándolo y había saltado desde un pronunciado declive a las ramas de un cedro para esquivar los zarpazos de otro; había ayudado a Jones a atar al tercero; tenía arañazos de las garras de un puma en mis chaparreras, y… Pero estoy olvidando que ésta no es una narración relacionada con mis aventuras con los pumas. Siempre que anteriormente me he referido a estos asuntos, he olvidado dedicarle a *Don* la atención que merece y que me he propuesto poner de manifiesto en esta narración.

Cuando hacía ya algo más de una semana que habíamos establecido nuestro campamento, estábamos una noche sentados alrededor de la llameante hoguera y hablábamos de la cacería del día, teniendo todos nosotros algo que contar.

Jones y yo habíamos encontrado el lugar en donde un puma había saltado sobre un ciervo. Jones me mostro las huellas dejadas por el ciervo al brincar y correr vacilante con el puma sobre su espalda y el lugar en donde, a un centenar de pasos más allá, el puma había derribado a su presa y la había matado. Se comprendía claramente que se había desarrollado una terrible lucha. Luego, el puma, que por su actuación dedujo Jones que tenía que ser forzosamente una hembra, había arrastrado al ciervo ya muerto por un declive, a través de los matorrales, hasta un cedro debajo del cual estaban esperando sus cuatro cachorros que debían ya de tener unos dos años aproximadamente.

Todo lo que encontramos del ciervo fue su piel destrozada, algunos pelos, huesos

rotos y dos largas orejas que estaban todavía tibias.

Aprovechamos la contingencia; pusimos a los sabuesos sobre este rastro y, poco después, descubrieron a los pumas. Yo encontré una roca saliente más abajo del borde y me senté allí. Estuve vigilando y escuchando durante varias horas. Jones cabalgaba por los alrededores de donde yo me hallaba; iba de un lado a otro y, por fin, desmontó y bajó por el declive para reunirse con los otros hombres. Los sabuesos acorralaron a un puma y éste se subió a un árbol.

¡Cómo sonaban los gritos de los hombres y los ladridos o gruñidos y gañidos de los perros en aquella barranca! ¡Lo recordaré mientras viva! Jones consiguió enlazar al puma. Luego, los sabuesos continuaron rastreando por el fragoso declive, dirigiéndose hacia donde yo me encontraba. Parecía que lo estuviera haciendo en mi honor para que yo me· divirtiera. En algún lugar, cerca de mi sitio de observación, algún puma había estado agazapado junto a un cedro o escondido entre los arbustos, y yo me esforzaba por descubrirlo.

Logré por fin localizar a un puma que estaba agazapado sobre un risco aislado, más abajo de donde yo me encontraba. Los sabuesos, con *Don* y otro perro llamado *Ranger* en cabeza, seguían la pista adecuada. Yo gritaba desaforadamente y los hombres se acercaron. Entonces, el puma se levantó. Era grande, delgado y de pelaje amarillento leonado, y volvió la cabeza como para mirarme, abriendo furioso su espumosa boca. Seguidamente saltó del risco hacia el declive que se hallaba a una profundidad de casi veinte metros y corrió hacia abajo, en dirección al lugar por donde habían venido los hombres. Los sabuesos emprendieron el acoso, gruñendo y ladrando. Jones les gritaba a ellos, llamándolos para que abandonaran la persecución, pero yo no acertaba a comprender por qué lo haría. Sin embargo, pronto lo supe. Los sabuesos encontraron al puma que Jones había capturado y que dejó tendido cuidadosamente atado debajo de un árbol, y lo mataron. Luego, prosiguieron el acoso de otro puma. Consiguieron acorralarle y que buscara refugio subiéndose a un árbol, situado mucho más abajo, después de haberle perseguido incansablemente por entre rocas y arbustos.

Uno tras otro, fuimos llegando aquella noche al campamento, terriblemente fatigados. Jim fue el último en llegar y nos contó más tarde lo que había sucedido. No hay que resaltar cuál fue mi asombro y mi temor, al enterarme de que durante aquellas tres horas largas que había estado sentado en el peñasco que me sirvió de sitio de observación, un puma estuvo agazapado en un borde que se hallaba por encima de mí. Jim lo había visto al subir por el declive, y luego localizó y siguió su rastro hasta casi donde yo me encontraba.

Recordé entonces que mientras estuve vigilando, había oído una tenue respiración agitada, que procedía de algún lugar cercano que no pude localizar, por lo que decidí considerar que aquello no eran otra cosa más que imaginaciones mías, debidas a mi

excitación, y resolví no fiarme de mis oídos.

—Bien —dijo Jones extendiendo hacia el fuego las palmas de sus manos, para calentarse—. Hemos tenido un día desafortunado. Si hubiéramos tenido a *Don* atado, el resultado habría sido muy distinto. Nunca he tenido confianza en ese perro. También tiene defectos. Es demasiado rápido. Corre mucho más que cualquier otro sabueso, y esto le va a costar la vida. Algún día se encontrará solo ante un puma viejo o ante una hembra con cachorros, y aquélla será su última carrera. Otro de sus defectos es que no ladra casi nunca. Esto es un grave inconveniente, porque no se puede confiar en su aviso. Tiene un potente ladrido, es cierto; pero parece querer ahorrar su respiración. Lo que *Don* desea es seguir un rastro y entablar una lucha en solitario. Tiene mucha más energía que cualquier otro sabueso de los que yo he adiestrado. Es demasiado bueno, desde lo que podríamos denominar su punto de vista, y eso será su perdición.

Como puede comprenderse, yo creía ciegamente todo cuanto Buffalo Jones decía con respecto a perros, pumas, caballos y todos sus demás comentarios relacionados con el Oeste, y lo admitía sin el menor reparo. Observé, sin embargo, que los otros dos batidores, especialmente Jim, no estaban siempre de acuerdo con las manifestaciones de nuestro guía cuando hacía referencia a los sabuesos. Un poco más tarde, cuando Jones se apartó de la hoguera, Jim habló con su lento acento tejano:

—Bien; ¿qué es lo que él sabe con respecto a perros? Se lo voy a decir claramente. Si no hubiera disparado contra *Don*, éste sería el mejor sabueso que habría metido sus narices para seguir un rastro. *Don* es un perro semisalvaje, es un sabueso bastante extraño, es cierto; es tal vez como una especie de lobo solitario, pero se ve claramente que ha sido maltratado por los hombres y Jones lo ha hecho volver todavía más desconfiado.

Emmet estuvo de acuerdo con las manifestaciones de Jim y yo le tenía un gran respeto a este mormón gigantesco, que era famoso en el desierto por su bondadoso comportamiento tanto para con los hombres como para los animales. Su rancho, situado cerca del embarcadero de Lee, estaba lleno de perros, gatos, potros mesteños, burros, ovejas y animales salvajes domesticados a quienes él había socorrido.

—Sí; *Don* le tiene odio a Jones y diría que también nos lo tiene a todos nosotros —añadió Emmet—. *Don* no es viejo, pero está ya demasiado crecido para cambiar. No obstante, no se puede decir nunca lo que harán los animales. Me gustaría poder llevarme a *Don* a mi casa, para ver cómo se portaría. Pero Jones tiene razón. A ese sabueso le matarán cualquier día.

—Tal vez cree que volverán a disparar contra él —me aventuré a decir.

—Si alguna vez se marcha, yo diría que no lo hará aquí, en la selva —prosiguió diciendo Emmet—. Me parece que *Don* es bastante más inteligente que cualquier otro perro. La gente ha de vivir en solitario, sólo con la compañía de perros, antes de

comprenderlos. Estoy convencido de que yo comprendo a *Don*. A mi modo de ver, ha tenido antes un amo a quien quiso mucho y lo perdió, o bien ha odiado siempre a todos los hombres, sin distinción alguna.

—Ya… Eso, claro, puede ser una opinión —manifestó Jim dubitativamente—. ¿Crees realmente que un perro puede tener esos sentimientos?

—Jim. Vi en cierta ocasión un pequeño perro pastor e indio, que se tendió sobre la sepultura de su amo y allí se murió —replicó el mormón con vehemencia.

—Bueno, pero no te enfades conmigo, hombre –dijo Jim, indicando que estaba convencido.

Una mañana, Jim venía galopando hacia el campamento, trayendo a los caballos en completo desorden. Cualquier variación en la ordenada forma con que el tejano solía hacer siempre las cosas, hacía surgir en nosotros una momentánea y viva expectación.

—Ensillad a toda prisa —dijo Jim—. Me imagino que tenemos caza al alcance de la mano. He visto a un puma de pelo rojizo allá. Debe de haber bajado del árbol en el que coloqué la comida la pasada noche. Esta noche última colgué allí un anca de venado y ha desaparecido… Es un animal magnífico.

Antes de haber transcurrido un minuto, estábamos ya montados a caballo en dirección al riachuelo, con los impacientes sabuesos olfateando al aire. Dejándome llevar por mi ansiedad y excitación, me adelanté y cabalgaba delante de mis compañeros. Los sabuesos trotaban a mi lado. La distancia a recorrer para llegar al árbol en el que Jim había colgado la comida no llegaba a medio kilómetro. Sabía perfectamente en dónde se hallaba aquel árbol y daba por descontado que el rastro sería fresco y de fácil seguimiento. Se me presentaba, además, una buena oportunidad para examinar cuál sería el comportamiento de *Don*.

Todos los demás sabuesos parecían estar conformes en considerar a *Don* como jefe del grupo. Cuando estuvimos cerca del árbol, que era un roble de ramas bajas, sombreado por grandes abetos plateados, *Don* levantó su cabeza olisqueando el aire. Había olfateado la pista aun a aquella distancia. Jones había ya manifestado en muchas ocasiones que *Don* tenía un magnífico olfato. Los otros sabuesos, excitados por el comportamiento de *Don*, empezaron a gruñir y a ladrar; corrían zarceando de un lado a otro y husmeaban el suelo.

A mí me interesaba solamente la forma como *Don* se comportaría y el examen de sus reacciones. El pelo de su cuello se erizó y, de repente, soltó un ladrido profundo y salvaje, y echó a correr velozmente. Se separó del resto de los perros y, rápido como un rayo, pasó por el lado del roble y siguió su carrera con la cabeza levantada. Los demás sabuesos le siguieron y pronto se llenó el bosque de ensordecedores ladridos, que se multiplicaban por el eco.

Mi caballo, llamado *Black Bolly*, conocía perfectamente el significado de toda

aquella baraúnda y no tuve, por tanto, necesidad de obligarle a forzar la marcha. Emprendió una veloz carrera y me transportó afuera de la hondonada y, a través de un estrecho pasaje poblado de pinos, salimos del bosque, en dirección al cañón.

Cabalgaba yo a lo largo de la orilla de una profunda hendidura que bordeaba la altiplanicie. Los sabuesos estaban ladrando directamente debajo de donde yo me encontraba, en la base de un farallón. Habían localizado al puma. No podía verles, pero no era necesario. Estaban corriendo velozmente hacia la salida del estrecho pasadizo formado por el risco y la pared de la altiplanicie y yo, por mi parte, tenía que vigilar por dónde caminaba *Black Bolly*, para sortear el riesgo que representaba el paso por aquella rocosa orilla.

De repente, mi caballo se detuvo y retrocedió. Yo creo que será mejor que diga que me caí de la silla, pues no desmonté voluntariamente, pero tuve la suerte de no soltar las bridas. Saqué entonces el rifle de la funda que colgaba de la silla de mi montura. Corrí hacia el borde y oí los gritos de mis compañeros que se acercaban. En aquel mismísimo instante me asusté y me detuve alarmado ante la vista de algo rojizo y peludo que, como si fuera un rayo, saltaba a un árbol, justamente delante de mí. Era el puma. Los perros le habían acorralado haciéndole subir a un pino cuyas ramas centrales quedaban al mismo nivel de la orilla por la que yo pasaba.

La piel se me puso tirante; sentí frío y los latidos de mi corazón eran desordenados. Me pareció que el puma era enorme, pero todo aquello era debido a que estaba *tan* cerca de mí. Con toda seguridad habría podido tocarlo con una caña de pescar que hubiera sido un poco larga. Me quedé inmóvil durante un momento, sin poder dominar el temblor de todos mis nervios, pero dándome cuenta, al mismo tiempo, de la belleza de aquella fiera furiosa.

El puma no me vio. Los perros, con sus ladridos, acaparaban toda su atención. Pero cuando yo lancé un grito involuntario que no pude contener, volvió con rapidez la cabeza y se quedó mirándome fijamente. Empecé a temblar de nuevo. ¡Cómo relampagueaban aquellos amarillentos ojos y qué colmillos tenía! Lanzó un bufido. En dos brincos habría podido saltar desde el pino a la orilla y sobre mí. Sin embargo, tuve la suerte de que se lanzara a un pequeño relieve que había debajo del borde y, deslizándose a lo largo del mismo, desapareció.

Corrí hacia delante *tan* aprisa como pude y, haciendo grandes esfuerzos, pude subir a un saliente del borde, desde el cual pude dominar la situación. Jones y los otros cabalgaban y gritaban desaforadamente detrás de donde yo había dejado mi caballo. Les llamé a voces para que vinieran.

Los sabuesos estaban ladrando a lo largo del borde del risco. No me cabía duda alguna de que habían visto al puma saltando del ·árbol. Examinaba con mi mirada por todas partes tratando de descubrir adónde se había metido la fiera. De pronto, me pareció ver algo que se movía en el declive opuesto al lugar en donde yo me

encontraba. Era algo voluminoso, rojizo y alargado. ¡No me cabía duda! ¡Era el puma! Grité con todas mis fuerzas. La fiera corría remontando el declive y, al llegar a la base del despeñadero, se volvió hacia la derecha. En aquel momento, apareció Jones dando largas zancadas sobre las ásperas rocas del promontorio, dirigiéndose a mi encuentro.

—¿Dónde está ese gato? —preguntó con excitación. Sus ojos grises relampagueaban y yo me apresuré a indicarle el lugar en donde había visto al puma —. ¡Ah! Ya veo… No le gusta el sitio en donde se ha metido… No puede huir por la pared del precipicio; es demasiado lisa y no le queda otro remedio que volver atrás.

El viejo cazador se había dado cuenta rápidamente de todo cuanto había escapado a mi inspección. El puma no podía hallar ningún fallo en aquella alisada muralla y, evidentemente, tenía que buscar la huida descendiendo a la base del risco. Dio por tanto la vuelta y llegó a un lugar en el que había un liso declive de piedra pizarrosa menos pronunciado. Se dejó deslizar por él y volvió la cabeza para mirar a través de la barranca. Ahora, contra aquel fondo roquizo, podría verse claramente su figura.

Se dejó oír entonces desde la loma que estaba a nuestra izquierda, el profundo ladrido de *Don*. Le vi que corría pendiente abajo con impetuosidad, dando grandes brincos. Los otros perros le oyeron y se lanzaron hacia la fragosa pendiente. Al poco rato percibieron el olor de la caza e iniciaron su persecución.

Cuando ellos empezaron a descender, salió *Don* de entre los sauces y cedros que crecían con el fondo de la garganta y saltó hacia la cuesta opuesta. Estaba a menos de quinientos metros delante de los otros sabuesos y trataba de subir apresuradamente por el declive, en dirección hacia el puma.

Jones me cogió del brazo con su férrea mano.

—Mire —gritó—. ¡Mire ese perro! ¡Se ha vuelto loco! Está corriendo cuesta arriba para enfrentarse con ese puma él solo. Esa fiera no huirá. Está acorralada, se encontrará frente al sabueso y le matará… ¡Péguele un tiro a ese puma! ¡Dispare!

En realidad, no necesitaba que Jones me excitara para que intentara salvar a *Don*, pero lo cierto era que la aguda voz de aquel viejo llanero me hacía temblar. Puse la rodilla en tierra y levanté mi rifle. El color rojizo del puma resaltaba perfectamente sobre el tono grisáceo, era un blanco excelente. Ahora se deslizaba cuesta abajo, cada vez más despacio. Con toda seguridad, vio o bien oyó a *Don*. El punto de mira de mi rifle se balanceaba; no podía, en forma alguna, fijar la puntería. Sin embargo, tenía que apresurarme. Disparé. El proyectil fue a dar unos dos metros por debajo de la fiera y levantó una pequeña columna de polvo. El puma se detuvo. La bala de mi segundo disparo fue a chocar detrás del animal. Jones chillaba justamente al lado de mi oído. Yo podía ver a *Don* por el rabillo del ojo… Volví a disparar, esta vez demasiado alto. Pero el puma dio un gran salto y, al caer, se detuvo en la pendiente, afianzándose con sus garras. Daba latigazos con su cola. ¡Qué fotografía más

soberbia podría haberse obtenido! Me esforcé en dominar cada uno de mis nervios y apreté nuevamente el gatillo. El impacto del proyectil se produjo exactamente debajo del hocico del puma, y el polvo y los fragmentos de la piedra fueron a parar a sus narices. Saltó la fiera unos cuantos metros hacia delante, se dejó caer al fondo de la garganta y, una vez allí, se subió a un cedro.

Don, que se había dado cuenta del salto del puma, suspendió su ascensión y poco después volvió a oírse su profundo ladrido desde debajo del cedro al que se había subido aquel furioso animal.

—¡Se ha encaramado a un árbol! —chilló Jones alegremente, apuñeándose en el costado—. ¡Ha salvado la vida de ese perro loco! Con toda seguridad, esa fiera le hubiera matado. Bien; ahora pronto estarán allí los otros perros y lo que nosotros tendremos que hacer es tratar de enlazarlo. Pero, como le digo, *Don* ha estado a punto de que le mataran.

Aquella noche, en el campamento, el comportamiento de *Don* fue igualmente triste y sombrío, como los días anteriores. No pareció darse cuenta de la amistad que yo le demostraba, ni de la protección que le dispensaba mientras comía lo que le llevé, parte de lo cual procedía de mi propio plato. Mi interés y simpatía por él se transformaban en cariño.

La actitud de *Don* con respecto a los pumas que habíamos capturado y que teníamos encadenados, no cesaba de ser para mí un continuado asombro y distracción. Todos los demás perros estaban excitadísimos ante la presencia de aquellas fieras. *Moze*, *Sounder*, *Tige* y *Ranger*, habrían entablado una lucha contra aquellos animales encadenados. *Don*, en cambio, no. Parecía que, para él, hubieran dejado de existir. A veces, pasaba a menos de dos metros de uno de aquellos pumas que le dirigían un bufido y no daba señal alguna de haber reparado en su existencia. Nunca se unía a los coros de ladridos que organizaban los otros perros. Se iba a echar y dormía cerca de donde aquellas fieras hacían rechinar sus cadenas, arañaban los árboles a los que estaban atados, rugían o daban bufidos.

Algunos días después de los incidentes con el puma del pelo rojizo, tuvimos una larga y fatigosa cacería a través del fragoso bosque de cedros situado en el ala izquierda de la altiplanicie. Hice bien en mantener a los perros al alcance de mi oído. Cuando llegué al final de aquella correría, estaba derrengado, tiznado por el polvo, mojado de sudor y terriblemente acalorado. Jones, con el lazo en la mano, estaba dando vueltas alrededor de un gran cedro debajo del cual los perros estaban ladrando ton gran excitación. Jim y Emmet se mantenían sentados sobre una piedra, secándose con el pañuelo el sudor de sus enrojecidos rostros.

—Bien; creo que será mejor echarle el lazo, antes de que descanse —declaró Jones.

—Espera un poco hasta que yo haya podido recuperar el aliento —dijo Emmet

jadeando.

—Nos hemos estado matando, corriendo tras ese animal—gruñó Jim.

Desmonté y desaté mi máquina fotográfica que llevaba sujeta a la silla de montar, y empecé entonces a atisbar hacia arriba, por entre las espesas ramas de aquel cedro.

—Es un puma precioso —manifestó Jones—. No es muy grande, pero parece bastante desarrollado. Diría, sin embargo, que no hay para tanto.

—¡Claro! ¡Es un gatito! —exclamó Jim con sarcasmo.

La permanente impavidez del viejo cazador me atacaba los nervios en algunas ocasiones.

Me encaramé al cedro contiguo al que se había refugiado el puma. Desde una de las ramas más altas, mirando hacia uno y otro lado, me preparé para fotografiar a la fiera. Era un animal de un tamaño bastante regular, de color tostado, con la cara un poco grisácea y una reluciente mirada. Como que la distancia que nos separaba no era mucha, mi situación era *tan* incómoda como peligrosa. El puma, al darse cuenta de mi presencia, me lanzó un furioso bufido. Estaba yo ya casi a punto de abandonar mi balanceante posición, cuando la fiera dejó de mirarme y dedicó toda su atención a mirar hacia abajo, por entre las ramas.

Jones estaba subiendo al cedro. El puma gruñó profundamente. Jones llevaba en una de sus manos una larga vara, uno de cuyos extremos estaba rematado por una pequeña horquilla, de la cual colgaba el nudo de un lazo.

Había ya alcanzado Jones una altura suficiente para poder atrapar al puma. Por regla general, se acercaba bastante para enlazar a las fieras, pero era evidente que en esta ocasión, la bestia era muy peligrosa. Trató de deslizar el lazo por encima de la cabeza del puma. Éste, de un zarpazo, apartó la vara y el lazo, haciéndolos caer como si volaran. Jones volvió pacientemente a preparar el lazo y probó de nuevo, con resultado similar. Probó suerte muchas veces. Su paciencia y perseverancia eran algo increíble. Las características de su habilidad para capturar y domesticar animales salvajes, se estaban poniendo de manifiesto en esta ocasión. Llegó finalmente un momento en el que el puma se descuidó o estaba ya cansado; en aquel preciso instante, Jones deslizó el lazo por encima de su cabeza.

Manteniendo la cuerda tirante, lanzó el otro extremo por encima de una gruesa rama, para que pudieran tirar de ella los hombres que estaban debajo, izar al animal de esta manera y conseguir hacerle descender seguidamente del árbol.

—Esperad un momento —gritó Jones, y bajó rápidamente del cedro. Los perros estaban saltando con ansiedad.

—Tirad ahora para hacerle salir de ese cruce de ramas y dejadlo caer poco a poco, para que yo pueda enlazar una de sus patas.

Se puso en evidencia, sin embargo, que era muy difícil conseguir que el puma se soltara. Desde el árbol en que yo estaba encaramado, podía ver cómo los músculos de

la fiera se hinchaban y deshinchaban durante sus esfuerzos para no soltarse. Crujieron las ramas y se balanceó la copa del árbol. Jones empezó a gritar con enfado. Sus gritos parecían rugidos. Los otros hombres replicaban con enronquecidas voces, tirando de la cuerda. Vi finalmente al puma soltarse de la rama y cómo, tratando de clavar sus garras en otras ramas, se retorcía convulsivamente, hasta que desapareció de mi vista.

Siguió luego un estallido. La rama sobre la cual había hecho pasar Jones la cuerda para levantar a la fiera, se había roto. Llegaron a mis oídos terribles gritos, gruñidos y ladridos que me ensordecían. Debajo del árbol se estaba desarrollando un verdadero pandemónium. Yo descendí, mejor dicho, me caí del árbol al que me había subido.

Al levantarme, vi a los hombres que trataban de apartarse del alcance de una enorme bola peluda. Diez sabuesos y un puma formaban aquella especie de esfera amarronada que daba rápidas y continuadas vueltas. De repente, se separó de aquella gigantesca pelota un perro que vino gimiendo y tambaleándose, a arrojarse a mis pies.

Era *Don*. Estaba herido en el cuello y me miraba con ojos entristecidos. No olvidaré nunca aquella mirada. No sabía qué hacer y pensaba que el perro moriría ante mí, si yo no podía hacer nada para curarle.

—¡Oh! ¡*Don*! ¿Qué puedo hacer? —dije como si me hubiera dirigido a una persona.

Olvidándome de la lucha que se desarrollaba allí cerca, me senté al lado de *Don*. Entonces, al apoyarme en el suelo, mi mano se puso en contacto con la nieve que, a parches, lo cubría, por haber nevado aquella mañana, y se conservaba todavía en algunos lugares sombreados.

Me desaté seguidamente el pañuelo de seda que llevaba en mi cuello y lo arrollé alrededor del de *Don*. Luego, cogí cuanta nieve pude abarcar con mis manos y sacándome del bolsillo mi gran pañuelo, envolví con él la nieve y lo coloqué, atándolo convenientemente, sobre la herida del cuello del perro. No podía hacer otra cosa más. Perdí mis esperanzas y no tuve el coraje suficiente para quedarme allí sentado hasta que el pobre animal muriera.

Mientras tanto, lo que sucedía bajo el árbol parecía una escena que se representara en una casa de locos. Cuando miré hacia allí, vi un espectáculo de caza verdaderamente sorprendente. Jones, gritando cuanto podía con su enorme vozarrón, cogía a los sabuesos uno tras otro por las patas traseras y, tirando de ellos, los apartaba del puma y los lanzaba a un lado. Jim y Emmet trataban de ayudarle y procuraban, al mismo tiempo, no ponerse al alcance de las garras de aquella peligrosa fiera. Por fin, consiguieron apartar a todos los perros del lado del puma y dominar a éste. Jones se irguió y sacudió su melenuda cabeza. Luego, me miró y su endurecido rostro mostró alarma.

—¡Cómo! ¿Qué le ha sucedido? ¡Está ensangrentado! —exclamó preocupado y

como recriminándose, por considerar que había sido excesivamente descuidado.

Le expliqué seguidamente con brevedad lo referente a *Don*. Entonces, Jim y Emmet se acercaron y nos quedamos contemplando al perro, que estaba tendido al suelo y que tenía completamente ensangrentados los pañuelos que yo había atado a su cuello, al igual que la nieve del suelo.

—Bien; creo que se va a morir —dijo Jones respirando profundamente—. Lo siento, pero ya había pronosticado lo que tarde o temprano iba a sucederle.

—Parece muy fuerte, como el puma con el que ha luchado —añadió Jim.

Emmet se arrodilló junto a *Don* y examinó los pañuelos atados alrededor del cuello del perro.

—Está todavía sangrando —dijo pensativamente—Ha hecho usted todo cuanto ha podido. Está gravemente herido y… creo que lo mejor que podemos hacer es dejarlo aquí tendido, sin moverlo.

No me atrevía a poner obstáculos a aquella determinación, pero, sin embargo, me resistía a dar mi conformidad. Pensé, no obstante, que si lo movíamos, lo más probable era que aumentara la hemorragia de la herida, lo cual sería fatal para el pobre animal. Por otra parte, librarlo de su sufrimiento, sacrificándolo, era algo imposible para mí. Recapacitando, llegué a convencerme que lo mejor era hacer caso del refrán, según el cual, «mientras hay vida, hay esperanza» y, amontonando una buena cantidad de nieve, la coloqué junto a los hocicos de *Don*, para que pudiera lamerla, si así quería hacerlo. Di seguidamente media vuelta y me aparté de allí, sin atreverme a volver a mirarlo; pero me propuse que al día siguiente o al otro trataría de acercarme de nuevo a este lugar.

El accidente de *Don* y lo que parecía ser su inevitable desenlace, representaba una pesada carga para mi mente. La mirada de *Don* me había cautivado. Temía mucho que fuera yo el culpable de su desgraciado fin. Durante el día siguiente, el tiempo estuvo amenazando tempestad y como que, además, los perros estaban muy cansados, decidimos quedarnos en el campamento dedicando el tiempo a otras tareas que nos eran también necesarias.

Pensé por lo menos un centenar de veces en *Don*; me lo imaginaba allí tendido, solo entre los helechos y sufriendo frío. Tal vez la muerte, piadosamente, le había ya librado de sus sufrimientos. Procuraría llegar allí el día siguiente y, con toda seguridad, lo encontraría muerto.

Pero al día siguiente, el infatigable Jones decidió ir de caza en otra dirección y, debido a que yo no tenía ninguna seguridad de poder encontrar el camino y hallar el lugar en donde había quedado *Don*, no me quedó otra solución más que aplazar la realización de mi deseo. Tuvimos un mal día; fatigoso y lleno de peligros y, además, sin suerte. Yo, por una vez, me decidí a dar por terminada la cacería, antes de su terminación.

Regresé al campamento abatido, muy desanimado y sin poder apartar a *Don* de mis pensamientos. El que en otras ocasiones era siempre para mí un agradable campamento, no me parecía que fuera ahora el mismo lugar. Por primera vez, los bufidos, el rechinar de las cadenas y el menear de las colas de los pumas que habíamos atrapado, me causaron irritación y despertaron en mi interior una especie de resentimiento. ¿Qué representaba la captura de unas cuantas fieras salvajes y rencorosas, en comparación con la vida de un perro en el que todo era nobleza? Le quité la montura a *Black Bolly*, mi caballo, y dejé que se moviera en completa libertad.

Luego, me imaginé estar viendo a un hermoso perro negro de grandes orejas, acercándose al campamento. Me froté los ojos. Verdaderamente, era cierto; se acercaba un sabueso.

—¡*Don*! —grité con alegría, pero también temeroso. Corriendo, cual si fuera un muchacho, me precipité a su encuentro y me arrodillé a su lado, diciéndole palabras incoherentes, que no recuerdo. *Don* movía la cola y me lamió la mano. Estas acciones me parecieron *tan* maravillosas como su llegada. Daba la sensación de estar enfermo y agotado, pero, en realidad, se encontraba bien. Tenía todavía en el cuello el primer pañuelo de seda que le até encima de la herida.

Más tarde, Emmet examinó a *Don* y dijo que nos habíamos equivocado al considerar que moriría por creer que tenía seccionada la yugular.

La herida de *Don* había sido, ciertamente, muy grave. Sin embargo, la rápida ayuda que yo, por suerte, le había proporcionado, evitó que muriera desangrado.

—He de reconocer que todavía no le ha llegado a *Don* su hora —dijo Jones mirando al perro con fijeza—; espero que esta aventura le enseñará a tener más cuidado.

Fueron realmente necesarios dos días más para que *Don* se recuperara y, al siguiente, volvía a estar de nuevo dirigiendo a los otros sabuesos.

Se había producido una sutil variación en sus relaciones para conmigo y, aunque yo entonces no podía comprenderlas claramente, después, al recordar su comportamiento, tuve que convencerme de su realidad. Había un resplandor en su mirada cuando la dirigía a mí, que no había yo observado nunca con anterioridad.

Un día, Jones y yo, habíamos conseguido que tres pumas buscaran su supuesta seguridad encaramándose en un árbol. El mayor de aquellos animales saltó y corrió por la cañada, tratando de huir. Los sabuesos salieron en su persecución y Jones se lanzó tras ellos, dejándome a mí allí, únicamente con mi máquina fotográfica para enfrentarme con aquellos dos pumas que quedaron subidos al árbol. Había dejado mi caballo y el rifle bastante lejos, en el declive, y protesté, gritando, al marcharse Jones.

—¿Qué voy a hacer si saltan del árbol?

Se volvió Jones para mirarme. Una amplia sonrisa apareció en su cara reluciente a

la luz del sol.

—Coja un palo y hágalos encaramar de nuevo —replicó bromeando.

Así fue cómo me quedé solo, con dos feroces pumas encaramados en un pino, a menos de diez metros de altura por encima de donde yo estaba. Mientras estas fieras estuvieron oyendo los ladridos de los sabuesos, no se fijaron en mi presencia, pero cuando se apagaron aquellos ladridos, empezaron a mirarme, a mi entender, con muy malas intenciones. Entonces, amedrentado, me escondí tras un arbusto y empecé a ladrar como si fuera un perro. De momento, dio muy buen resultado. Los pumas se mantuvieron quietos. Por lo tanto, proseguí ladrando, aullando y gruñendo, hasta que enronquecí. Al perder facultades, los pumas volvieron a mostrarme su fiereza y a dar bufidos. Por fin, pareció que se decidían a descender del árbol; entonces yo tomé también una determinación y, con palos y piedras, pude conseguir que suspendieran su descenso. Pero pronto me fatigué de tal forma, que creí que me iba a dar un soponcio. Cuando estaba ya dispuesto a salir huyendo aterrorizado, me pareció oír a lo lejos el profundo ladrido de *Don*. Los pumas lo habían oído sin duda alguna antes que yo, cosa que demostraron encogiéndose, y pude observar, al mismo tiempo, el latido de sus corazones, por el agitado movimiento de sus costados.

También a mí el corazón me dio un vuelco, esperanzado, al darme cuenta de que los ladridos de *Don* se oían más claramente y más cerca. No cabía duda de que venía en mi ayuda. Con toda seguridad, Jones le había ordenado que siguiera a la inversa el rastro dejado por el puma que había saltado del árbol.

Los ladridos se oían por momentos más profundos y cercanos. ¡Qué extraño que *Don* hubiera variado su costumbre de ladrar muy raramente! Había algo inexplicable en este cambio. No tardé mucho en ver al sabueso a lo lejos, al fondo del rocoso declive, subiéndolo velozmente. Parecía que yo tendría que esperarme todavía durante bastante rato, pero puedo afirmar que ya no sentía miedo, porque seguía oyendo sus fieros ladridos que, sin duda alguna, debieron helar la sangre de aquel par de pumas.

Don, con sus ladridos, parecía ser el heraldo del conjunto de sabuesos.

Don me vio mucho antes de llegar al pino en el que estaban encaramados los pumas. Pasó por el lado de aquel árbol sin detenerse y vino hacia mí con gran impetuosidad. Dio un brinco al alcanzarme y puso sus patas delanteras sobre mi pecho. No pude resistir su acometida y me caí. Entonces, el perro, excitado y al mismo tiempo aturdido como si estuviera asustado, empezó a lamerme la cara. Acaricié con mi mano su cabeza y entonces dio media vuelta y se dirigió hacia el árbol de los pumas, bajo el cual empezó a ladrar con fiereza.

Me senté para descansar y llegó a mis oídos el familiar coro de los ladridos de los restantes sabuesos que subía del fondo de la cañada. Como siempre sucedía, la jauría se había quedado muy rezagada, pero seguía a *Don*, su jefe.

Otro día me encontré solo al borde de una concavidad que se hallaba en una de las paredes del desfiladero principal. Estábamos siempre perdiéndonos unos a otros; con los perros, sucedía lo mismo. Había tantos rastros de pumas que los perros se dividían; yendo unos hacia un lado y siguiendo otros distintas pistas, daba a veces la impresión de que cada perro tenía un puma para él solo.

Era un día espléndido. Se oía a lo lejos el apagado y suave, al mismo tiempo que extraño y siniestro, rugido del río Colorado. Podía verle serpentear rojizo y sombrío, a través de la quebrada. El deseo de aventura cesó de existir para mí. Me quedé extasiado ante la grandeza y esplendor de aquel magnífico espectáculo de la naturaleza, cuya belleza quedaba incrementada por la desolación y soledad de aquel lugar.

Entonces, mientras estaba yo allí absorto y como encadenado, el encantamiento que aquella visión me había producido se rompió ante la presencia de *Don*. Se acercó adonde yo estaba. Sus hocicos estaban cubiertos de espuma. Yo sabía muy bien lo que aquello significaba. Me levanté y desaté la cantimplora que colgaba de la silla de mi caballo; puse agua en la copa de mi sombrero y lo acerqué a *Don*. El perro, sediento, empezó a beber y, mientras lo hacía, vi un profundo y sangriento arañazo en su nariz.

—¡Ah, vamos! Resulta que esta mañana te has dejado acariciar por un puma, ¿eh? —dije—. *Don*, temo que vas a tener cualquier día un serio percance.

Se echó *Don* a descansar a mi lado mientras yo, de nuevo, me extasiaba contemplando aquel magnífico cañón. ¡Qué importantes eran las horas pasadas en aquellas solitarias alturas! Contemplaba aquel panorama como si estuviera embelesado.

Cuando pude reponerme de mi encantamiento, monté a caballo y me encaminé al campamento. *Don* seguía trotando tras de mí. Al llegar a una resquebrajadura del terreno, el sabueso dejó oír su profundo ladrido y se lanzó por el pronunciado declive. Desmonté y le llamé. Obtuve por respuesta otro profundo ladrido. No había duda alguna; *Don* había olido un puma o habíamos cruzado el rastro dejado por alguna de aquellas fieras.

De repente, oí varios agudos ladridos que venían de abajo, al mismo tiempo que el chasquido de ramas y maleza, junto con el rodar de piedras. Me quité *tan* de prisa como pude el sombrero, la chaqueta y las chaparreras. Luego, con la máquina fotográfica y con el revólver en la cintura, empecé a descender por la resquebrajadura. Mis zapatos eran resistentes y tenían clavos de herradura en su suela. Los días de ejercicio en aquellas rocosas barrancas me habían proporcionado un cierto entrenamiento y seguridad para moverme por aquellas torrenteras.

En mi descenso, se precipitaban algunas piedras por la pendiente; tenía que cogerme a los arbustos que hallaba a mi paso, esquivar los troncos de los árboles,

saltar por entre las rocas y procurar no resbalar por ningún precipicio. Llegué al cauce seco de un torrente y allí, en la arena, pude descubrir las huellas de un puma grande y, entre ellas, otras huellas más pequeñas, que correspondían a las dejadas por *Don*. Apresuré mi marcha y mientras corría, gritaba con toda la fuerza de mis pulmones, esperando con ello poder ayudar al perro, a hacer que el puma se encaramara a algún árbol. De lo que tenía más miedo era que la fiera pudiera esperar a *Don*, echársele encima y matarlo.

El violento ejercicio que estaba ejecutando, me obligaba a descansar de vez en cuando para tomar aliento y entonces escuchaba con atención, esperando volver a oír los ladridos de *Don*. Los oí en dos ocasiones y la última de ellas me pareció que sonaban como si *Don* hubiera ya conseguido que la fiera se hubiera subido a un árbol.

Reanudé mi descenso, saltos y acrobacias, no faltándome ya mucho para llegar al fondo de aquella cañada. Me guiaba por medio de mi vista y de mi oído y llegué a un espacio abierto, cercano a un gran precipicio, en el que desembocaba la cañada. Vi entonces la leonada figura de un gran puma que se hallaba entre las ramas de un cedro cercano a la rocosa pared de aquel precipicio. Se balancearon las ramas y, desde ellas, saltó el puma a una repisa de aquella pared y, desde allí, a otra, desvaneciéndose después tras una esquina de aquella rocosa muralla.

No podía *Don* seguir al puma en su descenso por aquel precipicio pasando por el mismo camino que el puma, ni tampoco podía hacerlo yo. Estábamos el perro y yo buscando un sendero para llegar a la esquina por donde había desaparecido el puma. Habíamos llegado ya muy cerca de aquel abismo. De pronto, me pareció percibir una sensación de vacío.

Conseguí por fin poder salir de la umbría de aquellas rocas y árboles y, pasando trabajosamente por un abrupto saliente de la muralla, me encontré en un espacio de unos pocos palmos de un rocoso borde que había entre el lugar en que me hallaba y el espantoso precipicio, azulado e insondable.

A pesar de mi atrevimiento en salir en persecución de un puma, me encontraba de repente poseído por un sentimiento de inexplicable temor.

Entonces, vino *Don* a mi encuentro. Tenía erizado el pelo de su cuello y apareció por la derecha. Venía de la esquina de la muralla por donde giraba el borde en el que me hallaba, que era, con toda seguridad, el lugar por el que el puma había huido. Reaccioné y se regularizó la circulación de mi sangre. Pensé en seguida en perseguir a la fiera hasta su cubil, fotografiarla si me era posible y matarla a continuación.

Con tales ideas, avancé tomando grandes precauciones por aquel borde, hasta llegar al rincón de la muralla. Descubrí al poco rato las recientes huellas dejadas por el paso de un puma; eran claramente visibles y hacia el frente vi que aquella especie de repisa, que se había ensanchado ligeramente, se extendía en dirección a otro rincón.

Don, entonces, actuó en forma bastante rara. Me seguía pegado a mis talones; dio un gemido y gruñó seguidamente. No me detuve para averiguar a qué era debido aquel comportamiento, pero creo que lo que deseaba era que diéramos media vuelta y volviéramos hacia atrás.

Pero el impulso juvenil y el espíritu de aventura se habían apoderado de mí y no sentía ya miedo alguno, no tomaba ninguna precaución.

Sin embargo, mis sentidos estaban muy alerta y por ello, cuando *Don* avanzó para ponerse delante de mí, pensé que realmente estaba sucediendo algo y seguí entonces caminando muy lentamente. De todas formas, pronto me habría visto obligado a hacerlo, porque el saliente por el que caminaba se hacía cada vez más estrecho. Más adelante volvió a ensancharse hasta formar un gran bancal con altas y cavernosas murallas que se levantaban sobre el mismo. Pasé este espacio en el que, aparentemente, no existía ningún peligro y me encontré de nuevo en un estrecho y escabroso saliente que desaparecía en otra esquina. Cuando llegué allí, tuve que pegarme a la muralla y avanzar con gran peligro.

De nuevo mi camino pareció ser más fácil, pero… ¿qué era lo que motivaba que *Don* se comportara *tan* cautamente? Oí sus gruñidos, pero no podía verle. Tuve el presentimiento de que aquella persecución se estaba ya terminando. A la siguiente esquina me vi obligado a detenerme de repente, temblando.

El reborde terminaba allí y… también allí, estaba tendido sobre el suelo el puma, lamiéndose una pata ensangrentada.

Me sentía poseído por tumultuosas emociones aunque, no obstante, no tenía verdadero miedo. Jones me había repetido en numerosas ocasiones que, en momentos de peligro, no apartara nunca mi mirada del puma. En aquel momento, sin embargo, con la excitación que me producía la probabilidad de poder obtener una incomparable fotografía, me olvidé de aquel peligroso aviso. Perdí unos preciosos segundos en la preparación de los focos de mi máquina.

Oí entonces el persistente ruido de las piedras y los enfurecidos gruñidos de *Don*. Sobrecogido, me erguí rápidamente y vi que el puma se estaba acercando con relucientes ojos que relampagueaban con purpúreos destellos. Daba la sensación de que la fiera me estaba hipnotizando; no obstante, empecé a retroceder por aquel peligroso saliente. Saqué el revólver de la funda y traté de prepararlo para disparar, pero mis nervios estaban alterados y no lograba ponerlo en condiciones. Luego, apunté hacia la fiera, pero el revólver se balanceaba en mi mano y no me atreví a disparar, ya que pensaba que si solamente hería al puma, se lanzaría sobre mí y, en aquel estrecho saliente, era seguro que me caería por el precipicio.

Proseguí, por lo tanto, retrocediendo paso a paso. *Don* hacía lo mismo. Estaba entre mí y el puma. Aquella actuación era lo que caracterizaba, precisamente, la grandeza de aquel animal. ¡*Tan* fácil como le hubiera sido olvidarse de mí y salir

huyendo por el estrecho borde! Pero no lo hizo.

Se me presentó una magnífica oportunidad cuando llegué a la parte más ancha del bancal; he de reconocerlo, pero me di cuenta demasiado tarde, al tocar la muralla con el hombro, o sea cuando estaba ya en la parte más estrecha. No había habido ninguna otra razón, más que el terror que sentía, que me impidiera dar media vuelta y echar a correr. Tal vez hubiera sido la mejor manera de salir del grave apuro en que me encontraba.

Tuve que seguir, por lo tanto, retrocediendo por aquella escabrosa franja que apenas si tenía treinta centímetros de anchura, a un lado de la cual había la rocosa muralla y al otro, el terrible precipicio. Cualquier paso en falso significaba, para mí, una muerte cierta. Había perdido el control de mis nervios y el fatal desenlace parecía inevitable. Llevaba en una mano la máquina fotográfica y en la otra el revólver.

Aquella fiera de relucientes ojos purpúreos no se detuvo. Mi trastornada imaginación me hacía ver en ella mil formas e intenciones malignas; desesperados pensamientos cruzaban mi mente. Jones había dicho que los pumas eran unas bestias cobardes, excepto cuando estaban acorraladas y no tenían posibilidad alguna de poder huir.

Entonces, las ancas de *Don* tocaron mis rodillas. No me atreví a mirar hacia abajo, por no apartar mi mirada del puma, pero sentía la presión del sabueso contra mis piernas. El perro estaba temblando; sin embargo, gruñía y ladraba con fiereza. El sentir a *Don* allí y la comprensión de su forzada valentía, reavivaron la circulación de mi sangre y me hicieron reaccionar. Tenía la seguridad de que el perro muy pronto se lanzaría contra el puma para entablar una lucha con él. Aquello significaba la muerte de los dos animales, porque ambos caerían por el precipicio.

Tenía que proteger a *Don*. Aquel pensamiento fue mi salvación. Físicamente, el perro no podía salvarnos, pero su gran corazón y fidelidad me impulsaron a actuar.

Apoyándome contra la muralla, levanté el revólver y me sostuve el brazo derecho con la mano izquierda, en la que tenía todavía la máquina fotográfica. Apunté a la cabeza del puma, entre aquellos ojos purpúreos. El segundo que duró aquella operación, me pareció una eternidad.

Apreté el gatillo y desapareció el brillo de uno de aquellos ojos.

El puma dio un brinco terrible, tratando de subirse por la lisa muralla e intentando inútilmente clavar sus garras en la piedra. Luego, pareció querer retroceder y, al dar la vuelta, se lanzó por el precipicio. Vi una especie de bola leonada que se desvanecía en las azuladas profundidades.

Don lanzó un gañido. Miré hacia el abismo y, poco a poco, me sentí liberado del terror que me había estado atenazando. Caminé entonces unos cuantos pasos al frente, hacia el bancal más ancho y, al llegar allí, me senté, porque me sentía incapaz de poder permanecer en pie durante más rato. *Don* se acercó y posó su cabeza sobre

mis rodillas.

Escuché y agucé mis oídos, esperando oír la caída del puma. Por fin, me pareció percibir un rugido procedente de la hondonada, que se desvanecía a lo lejos. Luego, me sentí envuelto en el terrorífico silencio del cañón.

En aquel preciso instante se levantó *Don* y miró hacia la profundidad del cañón. Me causó una gran extrañeza verle mirar hacia abajo. Luego volvió su oscura y bien formada cabeza y me miró. ¿Qué vi a través de la tristeza de sus sombríos ojos? Gimió y lamió mi mano. Me pareció que *Don* y yo éramos algo más que un simple perro y un hombre.

Seguidamente, el perro dio media vuelta y se encaminó hacia la franja estrecha, y yo tuve que hacer acopio de energías para seguirle. Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo al volverme de espaldas a aquel siniestro precipicio y retuve el aliento al pasar por el lugar más peligroso *tan* pegado a la pared como pude. Hasta que estuve a salvo, fuera de aquella estrecha franja, no me atreví a respirar profundamente. Luego, remonté penosamente el áspero declive, hasta alcanzar el borde de la meseta. *Don* estaba ya allí esperándome, junto a mi caballo.

Desaté la cantimplora que llevaba prendida de la silla del caballo y entre *Don* y yo nos bebimos el agua que quedaba en ella. Era ya completamente de noche cuando llegamos al campamento, en donde una brillante hoguera y una cena excelente hicieron que se extinguiera el desaliento que de mí se había apoderado. Al explicar mi aventura a aquellos bregados montañeros, quedaron sorprendidos y admirados por el comportamiento de *Don*, que permanecía acurrucado a mi lado y que luego me siguió, por su propia voluntad, a mi tienda. Aquella noche durmió a los pies de mi litera.

Una mañana fría, en la que al salir el sol empezaron a teñirse de doradas tonalidades y matices las rocosas murallas, había un puma correteando por el borde de la meseta, amparándose en la brumosa oscuridad que surgía de las profundidades del cañón.

Salieron en su persecución los sabuesos a través de la salvia, de los cedros y de los gigantescos helechos que crecían en la parte norte de la altiplanicie. Aquel puma debía ser parecido al que días atrás habíamos enlazado y denominado *Tom*, porque se apresuró a descender por los declives.

Al especial rincón en el que fue a refugiarse no era posible que pudiera llegar ningún hombre. Los sabuesos le perseguían sin tregua alguna, pero uno tras otro salían de aquel escondrijo agotados y sedientos; salieron todos, excepto *Don*. Éste no salió.

Jorres le llamó forzando su vozarrón, pero lo único que consiguió como respuesta fue el profundo eco que burlescamente, devolvía su llamada. *Don* no compareció al mediodía. Jorres y los batidores salieron del campamento con los sabuesos.

Yo me quedé de vigilancia allí, en lo alto del borde, desde donde podía contemplar las amarillentas y verdosas tonalidades del declive y, más allá, las siniestras profundidades. Era un día muy silencioso. Aquella quietud era opresiva.

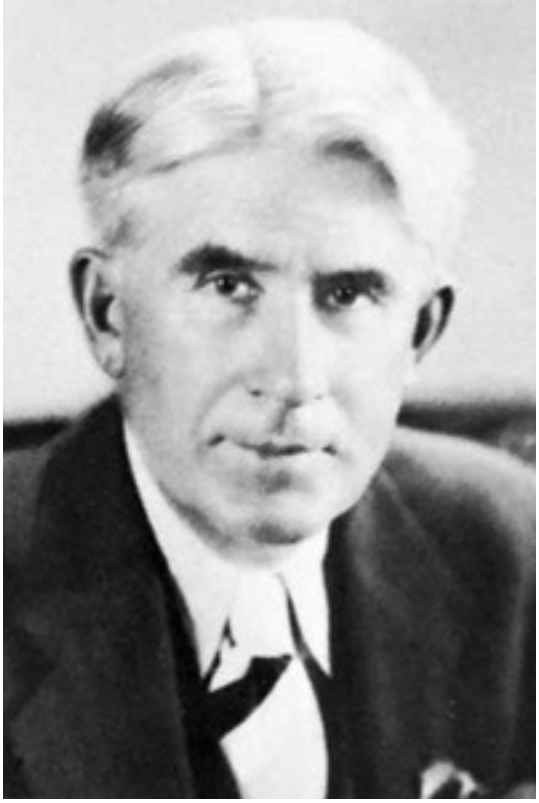
De pronto, me sorprendió oír el profundo ladrido de caza de *Don*, que salía de aquellas aterradoras honduras. Volví a oír aquel ladrido a largos intervalos, cada vez más débil, más lejano; luego, se desvaneció y no le oí más.

Sin embargo, me quedé allí, vigilante y escuchando. Transcurrió la tarde. Mi caballo, que había quedado debajo de los cedros, un poco apartado de donde yo estaba, relinchó agudamente.

El sol poniente empezó a esconderse tras los cerros Pink Cliffs de Utah, iluminando todavía por unos momentos con sus rojos resplandores la inmensa hendidura que yo contemplaba como si estuviera hechizado por su magnificencia. ¡Qué soledad! ¡Qué terrible y formidable resquebrajadura en la tierra! Ni el perro ni el puma tenían miedo; pero el hombre, ser inteligente y con sentimientos, estaba amedrentado.

¿Qué significación tenían este cañón fantásticamente coloreado y al mismo tiempo monstruoso, el sol poniente, la selvatiquez de un puma, el temperamento de un perro y la interrogante tristeza de un hombre?

Regresé pensativo al campamento, sin *Don*. A medianoche estaba tendido en mi litera, todavía despierto y aguardando esperanzado. Pero *Don* no regresó al amanecer, ni durante el día. Nunca más volví a verle.



Pearl Zane Gray, conocido como Zane Grey (Zanesville, Ohio, 31 de enero de 1872 — Altadena, California, 23 de octubre de 1939) fue un escritor estadounidense, célebre por sus novelas del Oeste Americano, de gran éxito durante los primeros años del siglo XX.

Autor prolífico, superó las noventa obras, Grey destacó por libros como *La herencia del desierto* o *Los jinetes de la pradera roja*.